RINCONETE Y CORTADILLO.

En la venta del Molinillo que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un dia de los calorosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete; ámbos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados: capa no la tenian, los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traidos como llevados, y los del otro picados y sin suelas, de manera que mas le servian de cormas, que de zapatos.

Traía el uno montera verde de cazador, el otro un mal sombrero bajo de copa y ancho de falda. A la espalda, y ceñida por los pechos traía el uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga: el otro venia escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecia un gran bulto, que á lo que despues pareció era un cuello de los que llaman valonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecia hilachas: venian en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habian gastado las

puntas, y porque durasen mas se las cercenaron, y los dejaron de aquel talle.

Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas, y las manos no muy limpias. El uno tenia una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas que los suelen llamar vaqueros; saliéronse los dos á sestear en un portal ó cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecia de mas edad dijo al mas pequeño: ¿de qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para dónde bueno camina? Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para dónde camino tampoco. Pues en verdad, dijo el mayor, que no parece vuesa mrd. del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él, que por fuerza se ha de pasar adelante. Así es, respondió el mediano; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho, porque mi tierra no es mia, pues no tengo en ella mas de un padre que no me tiene por hijo, y una madrastra que me trata como alnado: el camino que llevo es á la ventura, y allí le daria fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida. ¿Y sabe vuesa mrd. algun oficio? preguntó el grande; y el menor respondió: no sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

Todo eso es muy bueno, útil y provechoso, dijo el grande, porque habrá sacristan que le dé á vuesa mrd. la ofrenda de Todos Santos porque para el Jueves santo le corte florones de papel para el monumento. No es mi corte de esa manera, respondió el menor, sino que mi padre por la misericordia del cielo es sastre y calcetero, y me enseñó á cortar antiparas, que como vuesa mrd. bien sabe, son medias calzas con avampies, que por su propio nombre se suelen llamar polainas, y córtolas tan bien, que en verdad que me podria exâminar de maestro, sino que la corta suerte me tiene arrinconado. Todo eso y mas acontece por los buenos, respondió el grande; y siempre he oido decir que las buenas habilidades son las mas perdidas; pero aún edad tiene vuesa mrd. para enmendar su ventura: mas si yo no me enga-

señores, si son vuesas mercedes ladrones; mas no sé para qué les pregunto esto, pues sé ya que lo son; mas díganme, ¿cómo no han ido á la aduana del señor Monipodio? ¿Págase en esta tierra almojarifazgo de ladrones, señor galan? dijo Rincon. Si no se paga, respondió el mozo, á lo ménos regístranse ante el señor Monipodio, que es su padre, su maestro y su amparo; y así les aconsejo que se vengan conmigo á darle la obediencia con tiempo, ó si no, no se atrevan á hurtar sin su señal, que les costará caro. Yo pensé, dijo Cortado, que el hurtar era oficio libre, horro de pecho y alcabala, y que si se paga es por junto, dando por fiadores á la garganta y á las espaldas; pero pues así es, y en cada tierra hay su uso, guardemos nosotros el de esta, que por ser la mas principal del mundo será el mas acertado de todo él: y así puede vuesa merced guiarnos donde está ese caballero que dice, que ya yo tengo barruntos de que es muy calificado y generoso, y ademas hábil en el oficio. ¿Y cómo que es calificado, hábil y suficiente? respondió el mozo: eslo tanto, que en cuatro años que ha que tiene el cargo de ser nuestro mayor y padre, no han padecido sino cuatro en el finibus terræ, y obra de treinta envesados, y de sesenta y dos en gurapas.

En verdad, señor, dijo Rincon, que así entendemos esos nombres como volar. Comencemos á andar, que yo los iré declarando por el camino, respondió el mozo, con otros algunos que así les conviene el saberlos, como el pan de la boca: y así les fué diciendo y declarando otros nombres de los que ellos llaman germanescos ú de la Germanía, en el discurso de su plática, que no fué corta, porque el camino era largo, en el cual dijo Rincon á su guia: ¿es vuesa merced por ventura ladron? Sí, respondió él, para servir á Dios y á la buena gente; aunque no de los muy cursados, que todavía estoy en el año del noviciado. A lo cual respondió Cortado: cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir á Dios y á la buena gente. A lo que replicó el mozo: señor yo no me meto en teologías, lo que sé es, que cada uno en su oficio puede alabar á Dios, y mas

con la órden que tiene dada Monipodio á todos sus ahijados. Sin duda, dijo Rincon, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan á Dios. Es tan santa y buena, replicó el mozo, que no sé yo si se podrá mejorar en nuestro arte. Él tiene ordenado que de lo que hurtáremos demos alguna cosa ó limosna á él para aceite de la lámpara de una muy devota imágen que está en esta ciudad, y en verdad que hemos visto grandes cosas por esta buena obra; porque los dias pasados dieron tres ansias á un cuatrero que habia murciado dos roznos, y con estar flaco y cuartanario, así las sufrió sin cantar como si fueran nada, y esto atribuimos los del arte á su buena devocion, porque sus fuerzas no eran bastantes para sufrir el primer desconcierto del verdugo: y porque sé que me han de preguntar algunos vocablos de los que he dicho, quiero curarme en salud, y decírselo ántes que me lo pregunten. Sepan voacedes que cuatrero es ladron de bestias; ansia es el tormento; roznos los asnos, hablando con perdon; primer desconcierto es las primeras vueltas del cordel que da el verdugo. Tenemos mas; que rezamos nues-tro rosario, repartido en toda la semana, y algunos de nosotros no hurtamos el dia de viernes, ni tenemos conversacion con muger que se llame María el dia del sábado. De perlas me parece todo eso, dijo Cortado; pero dígame vuesa merced ¿hácese otra restitucion, ú otra penitencia mas de la dicha? En eso de restituir no hay que hablar, respondió el mozo, porque es cosa imposible por las muchas partes en que se divide lo hurtado, llevando cada uno de los ministros y contrayentes la suya, y así el primer hurtador no puede restituir nada; cuanto mas, que no hay quien nos mande hacer esta diligencia á causa que nunca nos confesamos, y si sacan cartas de excomunion, jamas llegan á nuestra noticia, porque jamas vamos á la iglesia al tiempo que se leen, sino es los dias de jubileo por la ganancia que nos ofrece el concurso de tanta gente. Y con solo eso que hacen, dicen esos señores, dijo Cortado, ¿que su vida es santa y buena? ¿Pues que tiene de mala? replicó el mozo; ¿no es peor ser herege, ó renegado, ó matar á su padre y madre, ó ser

solomico? Sodomíta querrá decir vuesa merced, respondió Rincon. Eso digo, dijo el mozo. Todo es malo, replicó Cortado; pero pues nuestra suerte ha querido que entremos en esta cofradía, vuesa merced alargue el paso, que muero por verme con el señor Monipodio, de quien tantas virtudes se cuentan.

Presto se les cumplirá su deseo, dijo el mozo, que ya desde aqui se descubre su casa: vuesas mercedes se queden á la puerta, que yo entraré á ver si está desocupado, porque estas son las horas cuando él suele dar audiencia. En buena sea, dijo Rincon; y adelantándose un poco el mozo, entró en una casa no muy buena, sino de muy mala apariencia, y los dos se quedaron esperando á la puerta: él salió luego y los llamó, y ellos entraron, y su guia les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljofifado parecia que vertia carmin de los mas finos: al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado con un jarrillo encima no ménos falto que el cántaro: á otra parte estaba una estera de enea, y en el medio un tiesto, que en Sevilla llaman maceta de albahaca. Miraban los mozos atentamente las alhajas de la casa en tanto que bajaba el señor Monipodio, y viendo que tardaba, se atrevió Rincon á entrar en una sala baja de dos pequeñas que en el patio estaban, y vió en ella dos espadas de esgrima, y dos broqueles de corcho pendientes de cuatro clavos, y una arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo: en la pared frontera estaba pegada una imágen de nuestra Señora de estas de mala estampa, y mas abajo pendia una esportilla de palma, y encajada en la pared una almofia blanca, por do coligió Rincon que la esportilla servia de cepo para limosna, y la almofia de tener agua bendita; y así era la verdad.

Estando en esto entraron en la casa dos mozos de hasta veinte años cada uno, vestidos de estudiantes, y de allí á poco dos de la esportilla y un ciego, y sin hablar palabra ninguna, se comenzaron á pasear por el patio. No tardó mucho cuando entraron dos viejos de bayeta con ante-

dicen que aprovechan á las tales ánimas por via de naufragio: y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que cuando alguno de nosotros va huyendo por la calle, y detras le van dando voces, al ladron, al ladron, deténganle, deténganle, uno se pone en medio y se opone al raudal de los que le siguen, diciendo: déjenle al cuitado, que harta mala ventura lleva, allá se lo haya, castíguele su pecado.

Son tambien bienhechoras nuestras las socorridas, que de su sudor nos socorren así en la trena como en las guras; y tambien lo son nuestros padres y madres que nos echan al mundo; y el escribano, que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa á quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor popa y soledad que podemos. Por cierto, dijo Rinconete (ya confirmado con este nombre), que es obra digna del altísimo y profundísimo ingenio que hemos oido decir que vuesa mrd., señor Monipodio, tiene; pero nuestros padres aún gozan de la vida; si en ella les alcanzáremos, daremos luego noticia á esta felicísima y abonada confraternidad para que por sus almas se les haga ese naufragio ó tormenta, ó ese adversario que vuesa mrd. dice, con la solemnidad y pompa acostumbrada; si ya no es que se hace mejor con popa y soledad, como tambien apuntó vuesa mrd. en sus razones.

Así se hará, ó no quedará pedazo de mí, replicó Monipodio; y llamando á la guia, le dijo: ven acá, Ganchuelo, ¿están puestas las postas? Sí, dijo la guia que Ganchuelo era su nombre, tres centinelas quedan avizorando, y no hay que temer que nos cojan de sobresalto. Volviendo pues á nuestro propósito, dijo Monipodio; querria saber, hijos, lo que sabeis, para daros el oficio y ejercicio conforme á vuestra inclinacion y habilidad. Yo, respondió Rinconete, sé un poquito de floreo de vilhano; entiéndeseme el reten; tengo buena vista para el humillo; juego bien de la sola, de las cuatro, y de las ocho; no se me va por pies el raspadillo,

berruguela, y el colmillo; éntrome por la boca del lobo como por mi casa, y atreveríame á hacer un tercio de chanza mejor que un tercio de Nápoles, y á dar un astillazo al mas pintado mejor que dos reales prestados.

Principios son, dijo Monipodio; pero todas esas son flores de cantueso viejas y tan usadas, que no hay principiante que no las sepa, y solo sirven para alguno que sea tan blanco, que se deje matar de media noche abajo; pero andará el tiempo, y vernos hemos, que asentando sobre ese fundamento media docena de liciones, yo espero en Dios que habeis de salir oficial famoso, y aun quizá maestro. Todo será para servir á vuesa mrd. y á los señores cofrades, respondió Rinconete. Y vos, Cortadillo, qué sabeis, preguntó Monipodio. Yo, respondió Cortadillo, sé la treta que dicen mete dos y saca cinco, y sé dar tiento á una faltriquera con mucha puntualidad y destreza. ¿Sabeis mas? dijo Monipodio. No por mis grandes pecados, respondió Cortadillo. No os aflijais, hijo, replicó Monipodio, que á puerto y á escuela habeis llegado, donde ni os anegareis, ni dejareis de salir muy bien aprovechado en todo aquello que mas os conviniere. ¿Y en esto del ánimo cómo os va, hijos? ¿Cómo nos ha de ir, respondió Rinconete, sino muy bien? ánimo tenemos para acometer cualquiera empresa de las que tocaren á nuestro arte y ejercicio. Está bien, replicó Monipodio; pero querria yo que tambien le tuviésedes para sufrir, si fuese menester, media docena de ansias sin desplegar los labios, y sin decir esta boca es mia. Ya sabemos aquí, dijo Cortadillo, señor Monipodio, qué quiere decir ansias, y para todo tenemos ánimo, porque no somos tan ignorantes, que no se nos alcance que lo que dice la lengua paga la gorja; y harta merced le hace el cielo al hombre atrevido (por no darle otro título) que le deja en su lengua su vida ó su muerte, como si tuviese mas letras un *no* que un *sí*.

Alto, no es menester mas, dijo á esta sazon Monipodio: digo que sola esa razon me convence, me obliga, me persuade, y me fuerza á que desde luego asenteis por cofrades mayores, y que se os sobrelleve el año del noviciado. Yo

soy de ese parecer, dijo uno de los bravos, y á una voz lo confirmaron todos los presentes que toda la plática habian estado escuchando, y pidieron á Monipodio que desde luego les concediese y permitiese gozar de las inmunidades de su cofradía, porque su presencia agradable y su buena plática lo merecia todo. Él respondió que por darles contento á todos, desde aquel punto se las concedia, advirtiéndoles que las estimasen en mucho porque era no pagar media anata del primer hurto que hiciesen; no hacer oficios menores en todo aquel año, es á saber, no llevar recaudo de ningun hermano mayor á la cárcel, ni á la casa de parte de sus contribuyentes; piar el turco puro; hacer banquete cuándo, cómo y adonde quisieren, sin pedir licencia á su mayoral; entrar á la parte desde luego con lo que entrujasen los hermanos mayores como uno de ellos: y otras cosas que ellos tuvieron por merced señaladísima, los demas con palabras muy comedidas las agradecieron mucho.

Estando en esto entró un muchacho corriendo y desalentado, y dijo: el alguacil de los vagamundos viene encaminado á esta casa; pero no trae consigo gurullada. Nadie se alborote, dijo Monipodio, que es amigo, y nunca viene por nuestro daño: sosiéguense, que yo le saldré á hablar. Todos se sosegaron, que ya estaban algo sobresaltados, y Monipodio salió á la puerta, donde halló al alguacil, con el cual estuvo hablando un rato, y luego volvió á entrar Monipodio, y preguntó: ¿á quién le cupo hoy la plaza de S. Salvador? A mí, dijo el de la guia. ¿Pues cómo, dijo Monipodio, no se ha manifestado una bolsilla de ámbar, que esta mañana en aquel parage dió al traste con quince escudos de oro y dos reales de á dos, y no sé cuantos cuartos? Verdad es, dijo la guia, que hoy faltó esa bolsa; pero yo no la he tomado, ni puedo imaginar quien la tomase. No hay levas conmigo, replicó Monipodio, la bolsa ha de parecer, porque la pide el alguacil, que es amigo y nos hace mil placeres al año: tornó á jurar el mozo que no sabia de ella: comenzó á encolerizarse Monipodio de manera que parecia que fuego vivo lanzaba por los ojos, diciendo: nadie se burle con que-

brantar la mas mínima cosa de nuestra órden, que le costará la vida: manifiéstese la cica, y si se encubre por no pagar los derechos, yo le daré enteramente lo que le toca, y pondré lo demas de mi casa, porque en todas maneras ha de ir contento el alguacil. Tornó de nuevo á jurar el mozo, y á maldecirse, diciendo que él no habia tomado tal bolsa, ni vístola de sus ojos: todo lo cuál fué poner mas fuego á la cólera de Monipodio, y dar ocasion á que toda la junta se alborotase, viendo que se rompian sus estatutos y buenas ordenanzas.

Viendo pues Rinconete tanta disension y alboroto, parecióle que sería bien sosegarle, y dar contento á su mayor, que reventaba de rabia; y aconsejándose con su amigo Cortadillo, con parecer de entrámbos sacó la bolsa del sacristan, y dijo: cese toda cuestion, mis señores, que esta es la bolsa, sin faltarle nada de lo que el alguacil manifiesta, que hoy mi camarada Cortadillo le dió alcance con un pañuelo que al mismo dueño se le quitó por añadidura: luego sacó Cortadillo el pañizuelo y lo puso de manifiesto. Viendo lo cual Monipodio, dijo: Cortadillo el bueno (que con este título y renombre ha de quedar de aquí adelante) se quede con el pañuelo, y á mi cuenta se quede la satisfaccion de este servicio, y la bolsa se ha de llevar el alguacil, que es de un sacristan pariente suyo, y cúmplase aquel refran que dice: no es mucho que á quien te da la gallina entèra, tú dés una pierna de ella: mas disimula este buen alguacil en un dia que nosotros le podemos ni solemos dar en ciento.

De comun consentimiento aprobaron todos la hidalguía de los dos modernos, y la sentencia y parecer de su mayoral, el cual salió á dar la bolsa al alguacil, y Cortadillo se quedó confirmado con el renombre de bueno, bien como si fuera Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que arrojó el cuchillo por los muros de Tarifa para degollar á su único hijo. Al volver que volvió Monipodio, entráron con él dos mozas, afeitados los rostros, llenos de color los labios, y de albayalde los pechos, cubiertas con medios mantos de anascote, llenas de desenfado y desvergüenza: señales claras por donde en viéndolas Rinconete y Cortadillo, conocieron que

eran de la casa llana, y no se engañaron en nada; y así como entraron se fueron con los brazos abiertos, la una á Chiquiznaque, y la otra á Maniferro, que estos eran los nombres de los dos bravos, y el de Maniferro era porque traía una mano de hierro en lugar de otra que le habian cortado por justicia: ellos las abrazaron con grande regocijo, y les preguntaron si traían algo con que remojar la canal maestra. ¿Pues habia de faltar, diestro mio? respondió la una que se llamaba la Gananciosa: no tardará mucho en venir Silbatillo tu trainel con la canasta de colar atestada de lo que Dios ha sido servido: y así fue verdad, porque al instante entró un muchacho con una canasta de colar cubierta con una sábana.

Alegráronse todos con la entrada de Silbato, y al momento mandó sacar Monipodio una de las esteras de enea que estaban en el aposento, y tenderla en medio del patio: y ordenó asimismo que todos se sentasen á la redonda, porque en cortando la cólera se trataria de lo que mas conviniese. A esto dijo la vieja que habia rezado á la imágen: hijo Monipodio, yo no estoy para fiestas, porque tengo un vaguido de cabeza dos dias há que me trae loca; y mas, que ántes que sea mediodia tengo de ir á cumplir mis devociones, y poner mis candelicas á nuestra Señora de las Aguas, y al santo crucifijo de santo Agustin, que no lo dejaria de hacer si nevase y ventisease: á lo que he venido es, que anoche el Renegado y Centopies llevaron á mi casa una canasta de colar algo mayor que la presente, llena de ropa blanca, y en Dios y en mi ánima que venia con su cernada y todo, que los pobretes no debieron de tener lugar de quitarla, y venian sudando la gota tan gorda, que era una compasion verlos entrar jadeando, y corriendo agua de sus rostros, que parecian unos angelicos. Dijéronme que iban en seguimiento de un ganadero que habia pesado ciertos carneros en la carnicería, por ver si le podian dar un tiento en un grandísimo gato de reales que llevaba: no desembanastaron ni contaron la ropa, fiados en la entereza de mi conciencia, y así me cumpla Dios mis buenos deseos, y nos li-

bre á todos de poder de justicia, que no he tocado á la canasta, y que se está tan entera como cuando nació. Todo se le cree, señora madre, respondió Monipodio, y estése así la canasta, que yo iré allá á boca de sorna, y haré cala y cata de todo lo que tiene, y daré á cada uno lo que le tocare, bien y fielmente, como tengo de costumbre. Sea como vos lo ordenáredes, hijo, respondió la vieja; y porque se me hace tarde, dadme un traguillo si teneis, para consolar este estómago, que tan desmayado anda de contino. ¿Y qué tal lo bebereis, madre mia? dijo á esta sazon la Escalanta (que así se llamaba la compañera de la Gananciosa); y descubriendo la canasta, se manifestó una bota á modo de cuero con hasta dos arrobas de vino, y un corcho que podria caber sosegadamente y sin apremio hasta una azumbre, y llevándole la Escalanta, se le puso en las manos á la devotísima vieja, la cual, tomándole con ámbas manos, y habiéndole soplado un poco de espuma, dijo: mucho echaste, hija Escalanta, pero Dios dará fuerzas para todo; y aplicándosele á los labios, de un tiron y sin tomar aliento lo trasegó del corcho al estómago, y acabó diciendo: de Guadalcanal es, y aun tiene un es no es de yeso el señorico; Dios te consuele, hija, que así me has consolado, sino que temo que me ha de hacer mal, porque no me he desayunado. No hará, madre, respondió Monipodio, porque es tresañejo. Así lo espero yo en la Vírgen, respondió la vieja, y añadió: mirad, niñas, si teneis acaso algun cuarto para comprar las candelicas de mi devocion, porque con la priesa y gana que tenia de venir á traer las nuevas de la canasta, se me olvidó en casa la escarcela. Yo sí tengo, señora Pipota (que este era el nombre de la buena vieja), respondió la Gananciosa, tome, ahí le doy dos cuartos, del uno le ruego que compre una para mí, y se la ponga al señor san Miguel, y si puede comprar dos, ponga la otra al señor san Blas, que son mis abogados; quisiera que pusiera otra á la señora santa Lucía, que por lo de los ojos tambien le tengo devocion, pero no tengo trocado, mas otro dia habrá donde se cumpla con todos.

Muy bien harás, hija, y mira no seas miserable, que es de mucha importancia llevar la persona las candelas delante de sí ántes que se muera, y no aguardar á que las pongan los herederos ó albaceas. Bien dice la madre Pipota, dijo la Escalanta, y echando mano á la bolsa le dió otro cuarto, y le encargó que pusiese otras dos candelicas á los santos que á ella le pareciesen que eran de los más aprovechados y agradecidos. Con esto se fué la Pipota, diciéndoles: holgaos, hijos, ahora que teneis tiempo, que vendrá la vejez, y llorareis en ella los ratos que perdísteis en la mocedad, como yo los lloro, y encomendadme á Dios en vuestras oraciones, que yo voy á hacer lo mismo por mí y por vosotros, porque él nos libre y conserve en nuestro trato peligroso sin sobresaltos de justicia; y con esto se fué.

Ida la vieja, se sentaron todos al rededor de la estera, y la Gananciosa tendió la sábana por manteles; y lo primero que sacó de la cesta fué un grande haz de rábanos, y hasta dos docenas de naranjas y limones, y luego una cazuela grande llena de tajadas de bacallao frito; manifestó luego medio queso de Flándes, y una olla de famosas aceitunas, y un plato de camarones, y gran cantidad de cangrejos con su llamativo de alcaparrones ahogados en pimiento, y tres hogazas blanquísimas de gandul. Serian los del almuerzo hasta catorce, y ninguno de ellos dejó de sacar su cuchillo de cachas amarillas, sino fue Rinconete que sacó su media espada. A los dos viejos de bayeta, y á la guia tocó el escanciar con el corcho de colmena; mas apénas habian comenzado á dar asalto á las naranjas, cuando les dió á todos gran sobresalto los golpes que dieron á la puerta. Mandóles Monipodio que se sosegasen, y entrando en la sala baja, y descolgando un broquel, puesto mano á la espada, llegó á la puerta, y con voz hueca y espantosa preguntó: ¿quién llama? Respondieron de fuera: yo soy, que no es nadie, señor Monipodio, Tagarote soy, centinela de esta mañana, y vengo á decir que viene aquí Juliana la Cariharta, toda desgreñada y llorosa, que parece haberle sucedido algun desastre. En esto llegó la que decia, sollozando, y sin-

tiéndola Monipodio, abrió la puerta, y mandó á Tagarote que se volviese á su posta, y que de allí adelante avisase lo que viese con ménos estruendo y ruido; él dijo que así lo haria.

Entró la Cariharta, que era una moza del jaez de las otras, y del mismo oficio: venia descabellada, y la cara llena de tolondrones, y así como entró en el patio, se cayó en el suelo desmayada: acudieron á socorrerla la Gananciosa y la Escalanta, y desabrochándole el pecho, la hallaron toda denegrida y como magullada: echáronle agua en el rostro, y ella volvió en sí diciendo á voces: la justicia de Dios y del rey venga sobre aquel ladron desuellacaras, sobre aquel cobarde bajamanero, sobre aquel pícaro lendroso que le he quitado mas veces de la horca que tiene pelos en las barbas: desdichada de mí, mirad por quién he perdido y gastado mi mocedad, y la flor de mis años, sino por un bellaco desalmado, facineroso, é incorregible.

Sosiégate, Cariharta, dijo á esta sazon Monipodio, que aquí estoy yo que te haré justicia; cuéntanos tu agravio, que mas tardarás tú en contarle, que yo en hacerte vengada; dime si has habido algo con tu respeto, que si así es, y quieres venganza, no has menester mas que boquear. ¿Qué respeto? respondió Juliana, respetada me vea yo en los infiernos, si mas lo fuere de aquel leon con las ovejas, y cordero con los hombres: ¿con aquel habia yo de comer mas pan á manteles, ni yacer en uno? primero me vea yo comida de adivas estas carnes, que me ha parado de la manera que ahora vereis: y alzándose al instante las faldas hasta las rodillas, y aun un poco mas, las descubrió llenas de cardenales. De esta manera, prosiguió, me ha parado aquel ingrato del Repolido, debiéndome mas que á la madre que le parió; ¿y por qué pensais que lo ha hecho? ¿pensais que le dí yo ocasion para ello? No por cierto, no lo hizo mas sino porque estando jugando y perdiendo, me envió á pedir con Cabrillas su trainel treinta reales, y no le envié mas que veinte y cuatro, que el trabajo y afan con que yo los habia ganado ruego yo á los cielos que vaya en

descuento de mis pecados; y en pago de esta cortesía y buena obra, creyendo él que yo le sisaba algo de la cuenta que él allá en su imaginacion habia hecho de lo que yo podia tener, esta mañana me sacó al campo detras de la huerta del Rey, y allí entre unos olivares me desnudó, y con la petrina, sin excusar ni recoger los hierros, que en malos grillos y hierros le vea yo, me dió tantos azotes, que me dejó por muerta, de la cual verdadera historia son buenos testigos estos cardenales que mirais: aquí tornó á levantar las voces, aquí volvió á pedir justicia, y aquí se la prometió de nuevo Monipodio, y todos los bravos que allí estaban.

La Gananciosa tomó la mano á consolarla, diciéndole, que ella diera de muy buena gana una de las mejores preseas que tenia, porque le hubiera pasado otro tanto con su querido; porque quiero, dijo, que sepas hermana Cariharta, si no lo sabes, que á lo que se quiere bien se castiga, y cuando estos bellacones nos dan, azotan y acocean, entónces nos adoran: si no, confiésame una verdad por tu vida: despues que te hubo Repolido castigado y brumado, ¿no te hizo alguna caricia? ¿Como una? respondió la llorosa, cien mil me hizo, y diera él un dedo de la mano porque me fuera con él á su posada, y aun me parece que casi se le saltaron las lágrimas de los ojos despues de haberme molido. No hay dudar en eso, replicó la Gananciosa, y lloraria él de pena de ver cuál te habia puesto, que en estos tales hombres y en tales casos no han cometido la culpa cuando les viene el arrepentimiento: y tú verás, hermana, si no viene á buscarte antes que de aquí nos vamos, y á pedirte perdon de todo lo pasado, rindiéndosete como un cordero.

En verdad, respondió Monipodio, que no ha de entrar por estas puertas el cobarde envesado, si primero no hace una manifiesta penitencia del cometido delito: ¿las manos habia él de ser osado ponerlas en el rostro de la Cariharta ni en sus carnes, siendo persona que puede competir en limpieza y ganancia con la misma Gananciosa que está delante, que no lo puedo mas encarecer? Ay! dijo á esta sazon la Juliana, no diga vuesa mrd. señor Monipodio, mal de

aquel maldito, que con cuan malo es, le quiero mas que á las telas de mi corazon, y haume vuelto el alma al cuerpo las razones que en su abono me ha dicho mi amiga la Gananciosa, y en verdad que estoy por ir á buscarle. Eso no harás tú por mi consejo, replicó la Gananciosa, porque se extenderá y ensanchará, y hará tretas en tí como en cuerpo muerto. Sosiégate, hermana, que ántes de mucho le verás venir tan arrepentido como he dicho, y si no viniere, escribirémosle un papel en coplas que le amargue. Eso sí, dijo la Cariharta, que tengo mil cosas que escribirle. Yo seré el secretario cuando sea menester, dijo Monipodio, que aunque no soy nada poeta, todavía, si el hombre se arremanga, se atreverá á hacer dos mil coplas en daca las pajas; y cuando no salieren como deben, yo tengo un barbero amigo, gran poeta, que nos henchirá las medidas á todas horas, y en la de ahora acabemos lo que teníamos comenzado del almuerzo, que despues todo se andará.

Fué contenta la Juliana de obedecer á su mayor; y así todos volvieron á su gaudeamos, y en poco tiempo vieron el fondo de la canasta, y las heces del cuero. Los viejos bebieron sine fine, los mozos adunia, las señoras los kiries: los viejos pidieron licencia para irse, diósela luego Monipodio, encargándoles viniesen á dar noticia con toda puntualidad de todo aquello que viesen ser útil y conveniente á la comunidad: respondieron que ellos se lo tenian bien en cuidado, y fuéronse. Rinconete, que de suyo era curioso, pidiendo primero perdon y licencia, preguntó á Monipodio que de qué servian en la cofradía dos personages tan canos, tan graves y apersonados; á lo que le respondió Monipodio, que aquellos en su germanía y manera de hablar se llamaban avispones, y que servian de andar de dia por toda la ciudad, avispando en qué casa se podia dar tiento de noche, y en seguir los que sacaban dinero de la contratacion ó casa de la moneda, para ver dónde lo llevaban, y aun dónde lo ponian; y en sabiéndolo, tanteaban la groseza del muro de la tal casa, y diseñaban el lugar mas conveniente para hacer los guzpataros (que son agujeros) para facilitar la entrada

En resolucion dijo que era la gente de mas ó de tanto provecho que habia en su hermandad, y que de todo aquello que por su industria se hurtaba, llevaban el quinto, como su magestad de los tesoros, y que con todo esto eran hombres de mucha verdad, muy honrados y de buena vida y fama, temerosos de Dios y de sus conciencias, que cada dia oían misa con extraña devocion; y hay de ellos tan comedidos, especialmente estos dos que de aquí se van ahora, que se contentan con mucho ménos de lo que por nuestros aranceles les toca: otros dos hay, que son palanquines, los cuales como por momentos mudan casas, saben las entradas y salidas de todas las de la ciudad, y cuáles pueden ser de provecho, y cuáles no. Todo me parece de perlas, dijo Rinconete, y querria ser de algun provecho á tan famosa cofradía. Siempre favorece el cielo á los buenos deseos, dijo Monipodio.

Estando en esta plática llamaron á la puerta; salió Monipodio á ver quién era, y preguntándolo, respondieron: abra voacé, seor Monipodio, que el Repolido soy. Oyó esta voz Cariharta, y alzando al cielo la suya, dijo: no le abra vuesa mrd., seor Monipodio, no le abra á ese marinero de Tarpeya, á ese tigre de Ocaña. No dejó por esto Monipodio de abrir á Repolido; pero viendo la Cariharta que le abria, se levantó corriendo y se entró en la sala de los broqueles, y cerrando tras sí la puerta, desde dentro á grandes voces decia: quítenmele de delante á ese gesto de por demas, á ese verdugo de inocentes, asombrador de palomas duendas. Maniferro y Chiquiznaque tenian á Repolido, que por todas maneras queria entrar donde la Cariharta estaba; pero como no le dejaban, decia desde afuera: no haya mas, enojada mia, por tu vida que te sosiegues, y así te veas casada. ¿Casada yo? maligno, respondió la Cariharta: mira en qué tecla toca; ya quisieras tú que lo fuera contigo, y ántes lo sería yo con una notomia de muerte que contigo. Ea, boba, replicó Repolido, acabemos ya, que es tarde, y mire no se ensanche por verme hablar tan manso, y venir tan rendido, porque vive el dador, si se me sube la cólera al campana-

rio, que sea peor la recaida que la caida; humíllese, humillémonos todos, y no demos de comer al diablo: y aun de cenar le daria yo, dijo la Cariharta, porque te llevase adonde nunca mas mis ojos te viesen. ¿No os digo yo? dijo Repolido; por Dios que voy oliendo, señora trinquete, que lo tengo de echar todo á doce, aunque nunca se venda. A esto dijo Monipodio: en mi presencia no ha de haber demasías: la Cariharta saldrá no por amenazas, sino por amor mio, y todo se hará bien, que las riñas entre los que bien se quieren, son causa de mayor gusto cuando se hacen las paces. ¡Ah Juliana, ah niña, ah Cariharta mia! sal acá fuera por mi amor, que yo haré que el Repolido te pida perdon de rodillas. Como él eso haga, dijo la Escalanta, todas seremos en su favor, y en rogar á Juliana salga acá fuera. Si esto ha de ir por via de rendimiento que huela á menoscabo de la persona, dijo el Repolido, no me rendiré á un ejército formado de esgüízaros; mas si es por via de que la Cariharta gusta de ello, no digo yo hincarme de rodillas, pero un clavo me hincaré por la frente en su servicio.

Riéronse de esto Chiquiznaque y Maniferro, de lo cual se enojó tanto Repolido pensando que hacian burla de él, que dijo con muestras de infinita cólera: cualquiera que se riere ó se pensare reir de lo que la Cariharta ó contra mí, ó yo contra ella hemos dicho ó dijéremos, digo que miente y mentirá todas las veces que se riere ó lo pensare, como ya tengo dicho. Miráronse Chiquiznaque y Maniferro de tan mal garbo y talle, que advirtió Monipodio que pararia en un gran mal si no lo remediaba; y así poniéndose luego en medio de ellos, dijo: no pase mas adelante, caballeros, cesen aquí palabras mayores, y desháganse entre los dientes; y pues las que se han dicho no llegan á la cintura, nadie las tome por sí. Bien seguros estamos, respondió Chiquiznaque, que no se dijeron ni dirán semejantes monitorios por nosotros; que si se hubiera imaginado que se decian, en manos estaba el pandero que lo supiera bien tañer. Tambien tenemos acá pandero, seor Chiquiznaque, replicó el Repolido, y tambien si fuere menester sabremos tocar los cascabeles; y

ya he dicho que el que se huelga, miente; y quien otra cosa pensare, sígame, que con un palmo de espada ménos hará el hombre que sea lo dicho dicho: y diciendo esto, se iba á salir por la puerta afuera.

Estábalo escuchando la Cariharta, y cuando sintió que se iba enojado, salió diciendo: ténganle, no se vaya, que hará de las suyas: ¿no ven que va enojado, y es un Júdas Macarelo en esto de la valentía? Vuelve acá, valenton del mundo y de mis ojos; y cerrando con él, le asió fuertemente de la capa, y acudiendo tambien Monipodio, le detuvieron. Chiquiznaque y Maniferro no sabian si enojarse, ó si no, y estuviéronse quedos esperando lo que Repolido haria; el cual, viéndose rogar de la Cariharta y de Monipodio, volvió diciendo: nunca los amigos han de dar enojo á los amigos, ni hacer burla de los amigos, y mas cuando ven que se enojan los amigos. No hay aquí amigo, respondió Maniferro, que quiera enojar ni hacer burlá de otro amigo; y pues todos somos amigos, dense las manos los amigos. A esto dijo Monipodio: todos voacedes han hablado como buenos amigos, y como tales amigos se den las manos de amigos. Diéronselas luego; y la Escalanta, quitándose un chapin, comenzó á tañer en él como en un pandero: la Gananciosa tomó una escoba de palma nueva que allí se halló acaso, y rascándola, hizo un son, que aunque ronco y áspero, se concertaba con el del chapin. Monipodio rompió un plato, y hizo dos tejoletas, que puestas entre los dedos y repicadas con gran ligereza, llevaba el contrapunto al chapin y á la escoba.

Espantáronse Rinconete y Cortadillo de la nueva invencion de la escoba, porque hasta entonces nunca la habian visto. Conocióla Maniferro, y díjoles: ¿admíranse de la escoba? pues bien hacen; pues música mas presta y mas sin pesadumbre, ni mas barata no se ha inventado en el mundo: y en verdad que oí decir el otro dia á un estudiante, que ni el Negrofeo que sacó á la Arauz del infierno, ni el Marion que subió sobre el delfin, y salió del mar como si viniera caballero sobre una mula de alquiler, ni el otro

gran músico que hizo una ciudad que tenia cien puertas y otros tantos postigos, nunca inventáron mejor género de música tan fácil de deprender, tan mañera de tocar, tan sin trastes, clavijas ni cuerdas, y tan sin necesidad de templarse; y aun voto á tal, que dicen que la inventó un galan de esta ciudad que se pica de ser un Hector en la música. Eso creo yo muy bien, respondió Rinconete; pero escuchemos lo que quieren cantar nuestros músicos, que parece que la Gananciosa ha escupido, señal de que quiere cantar: y así era la verdad porque Monipodio le habia rogado que cantase algunas seguidillas de las que se usaban; mas la que comenzó primero fué la Escalanta, y con voz sutil y quebradiza cantó lo siguiente:

Por un sevillano, rufo á lo valon,
tengo socarrado todo el corazon.

Siguió la Gananciosa cantando:

Por un morenico de color verde,
¿cual es la fogosa que no se pierde?

Y luego Monipodio, dándose gran priesa al meneo de sus tejoletas, dijo:

Riñen dos amantes, hácese la paz,
Si el enojo es grande, es el gusto mas.

No quiso la Cariharta pasar su gusto en silencio, porque tomando otro chapin, se metió en danza, y acompañó á las demas, diciendo:

Detente, enojado, no me azotes mas,
Que si bien lo miras, á tus carnes das.

Cántese á lo llano, dijo á esta sazon Repolido, y no se toquen hestorias pasadas, que no hay para qué: lo pasado sea pasado, y tómese otra vereda, y basta.

Talle llevaban de no acabar tan presto el comenzado cántico, si no sintieran que llamaban á la puerta apriesa, y

con ella salió Monipodio á ver quién era, y la centinela le dijo como al cabo de la calle habia asomado el alcalde de la justicia, y que delante de él venian el Tordillo y el Cernícalo, corchetes neutrales. Oyéronlo los de adentro, y alborotáronse todos, de manera que la Cariharta y la Escalanta se calzaron sus chapines al reves: dejó la escoba la Gananciosa, Monipodio sus tejoletas, y quedó la música en turbado silencio: enmudeció Chiquiznaque, pasmóse el Repolido, y suspendióse Maniferro, y todos cuál por una, y cuál por otra parte desaparecieron, subiéndose á las azoteas y tejados para escaparse, y pasar por ellos á otra calle.

Nunca disparado arcabuz á deshora, ni trueno repentino espantó así á banda de descuidadas palomas, como puso en alboroto y espanto á toda aquella recogida compañía y buena gente la nueva de la venida del alcalde de la justicia y su corchetada: los dos novicios, Rinconete y Cortadillo, no sabian qué hacerse, y estuviéronse quedos esperando ver en qué paraba aquella repentina borrasca, que no paró en mas de volver la centinela á decir que el alcalde se habia pasado de largo sin dar muestras ni resabio de mala sospecha alguna. Y estando diciendo esto á Monipodio, llegó un caballero mozo á la puerta, vestido como se suele decir de barrio: Monipodio le entró consigo, y mandó llamar á Chiquiznaque, á Maniferro, y al Repolido, y que de los demas no bajase alguno. Como se habian quedado en el patio Rinconete y Cortadillo, pudieron oir toda la plática que pasó Monipodio con el caballero recien venido, el cual dijo á Monipodio: que por qué se habia hecho tan mal lo que le habia encomendado? Monipodio respondió que aún no sabia lo que se habia hecho; pero que allí estaba el oficial á cuyo cargo estaba su negocio, y que él daria muy buena cuenta de sí. Bajó en esto Chiquiznaque, y preguntóle Monipodio si habia cumplido con la obra que se le encomendó de la cuchillada de á catorce: Cual? respondió Chiquiznaque ¿es la de aquel mercader de la encrucijada? esa es, dijo el caballero.

Pues lo que en eso pasa, respondió Chiquiznaque, es que yo le aguardé anoche á la misma puerta de su casa, y

él vino ántes de la oracion: lleguéme bien cerca de él, miréle con atencion, marquéle el rostro con la vista, y vi que le tenia tan pequeño, que era imposible de toda imposibilidad caber en él cuchillada de catorce puntos; y hallándome imposibilitado de poder cumplir lo prometido, y de hacer lo que llevaba en mi destruicion... Instruccion querrá vuesa merced decir, dijo el caballero, que no destruicion: eso quise decir, respondió Chiquiznaque: digo que viendo que en la estrecheza y poca cantidad de aquel rostro no cabian los puntos propuestos, porque no fuese mi ida en balde, di la cuchillada á un lacayo suyo que á buen seguro que la pueden poner por mayor de marca. Mas quisiera, dijo el caballero, que se le hubiera dado al amo una de á siete, que al criado la de catorce: en efecto, conmigo no se ha cumplido como era razon; pero no importa, poca mella me harán los treinta ducados que dejé en señal: beso á vuesas mercedes las manos; y diciendo esto, se quitó el sombrero, y volvió las espaldas para irse: pero Monipodio le asió de la capa de mezcla que traía puesta, diciéndole: voacé se detenga, y cumpla su palabra, pues nosotros hemos cumplido la nuestra con mucha honra y con mucha ventaja: veinte ducados faltan, y no ha de salir de aquí voacé sin darlos, ó prendas que lo valgan. ¿Pues á esto llama vuesa merced cumplimiento de palabra, respondió el caballero, dar la cuchillada al mozo, habiéndose de dar al amo? ¡Qué bien está en la cuenta el señor! dijo Chiquiznaque; bien parece que no se acuerda de aquel refran que dice: quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can. ¿Pues en qué modo puede venir aquí á propósito ese refran? replicó el caballero. ¿Pues no es lo mismo, prosiguió Chiquiznaque, decir: quien mal quiere á Beltran, mal quiere á su can? y así Beltran es el mercader, voacé lo quiere mal, su lacayo es su can, y dando al can se da á Beltran, y la deuda queda líquida, y trae aparejada ejecucion: por eso no hay mas sino pagar luego sin apercibimiento de remate.

Eso juro yo bien, añadió Monipodio, y de la boca me quitaste, Chiquiznaque amigo, todo cuanto aquí has dicho:

y así voacé, señor galan, no se meta en puntillos con sus servidores y amigos, sino tome mi consejo, y pague luego lo trabajado; y si fuere servido que se le dé otra al amo, de la cantidad que pueda llevar su rostro, haga cuenta que ya se la estan curando. Como eso sea, respondió el galan, de muy entera voluntad y gana pagaré la una y la otra por entero. No dude en esto, dijo Monipodio, mas que en ser cristiano, que Chiquiznaque se la dará pintiparada, de manera que parezca que allí se le nació. Pues con esa seguridad y promesa, respondió el caballero, recíbase esta cadena en prendas de los veinte ducados atrasados, y de cuarenta que ofrezco por la venidera cuchillada: pesa mil reales, y podria ser que se quedase rematada, porque traigo entre ojos que serán menester otros catorce puntos ántes de mucho. Quitóse en esto una cadena de vueltas menudas del cuello, y diósela á Monipodio, que al tocar y al peso bien vió que no era de alquimia. Monipodio la recibió con mucho contento y cortesía, porque era en extremo bien criado: la ejecucion quedó á cargo de Chiquiznaque, que solo tomó término de aquella noche.

Fuese muy satisfecho el caballero, y luego Monipodio llamó á todos los ausentes y azorados: bajaron todos; y poniéndose Monipodio en medio de ellos, sacó un libro de memoria que traía en la capilla de la capa, y diósele á Rinconete que leyese porque él no sabia leer. Abriólo Rinconete, y en la primera hoja vió que decia:

Memoria de las cuchilladas que se han de dar esta semana.

La primera al mercader de la encrucijada: vale cincuenta escudos; están recibidos treinta á buena cuenta. Secutor Chiquiznaque.

No creo que hay otra, hijo, dijo Monipodio, pasa adelante, y mira donde dice: *memoria de palos.* Volvió la hoja Rinconete, y vió que en otro estaba escrito: *memoria de palos.* Y mas abajo decia:

Al bodegonero de la alfalfa doce palos de mayor cuan-

tía, á escudo cada uno: están dados á buena cuenta ocho; el término seis dias. Secutor Maniferro.

Bien podia borrarse esa partida, dijo Maniferro, porque esta noche traeré finiquito de ella. ¿Hay mas, hijo? dijo Monipodio. Sí, otra, respondió Rinconete, que dice así:

Al sastre corcovado, que por mal nombre se llama el Silguero, seis palos de mayor cuantía á pedimento de la dama que dejó la gargantilla. Secutor el Desmochado.

Maravillado estoy, dijo Monipodio, cómo todavía está esa partida en ser: sin duda alguna debe estar mal dispuesto el Desmochado, pues son dos dias pasados del término, y no ha dado puntada en esta obra. Yo le topé ayer, dijo Maniferro, y me dijo que por haber estado retirado por enfermo el Corcovado, no habia cumplido con su débito. Eso creo yo bien, dijo Monipodio, porque tengo por tan buen oficial al Desmochado, que si no fuera por tan justo impedimento, ya él hubiera dado al cabo con mayores empresas. ¿Hay mas, mocito? No señor, respondió Rinconete. Pues pasad adelante, dijo Monipodio, y mirad donde dice: *memorial de agravios comunes.* Pasó adelante Rinconete, y en otra hoja halló escrito:

Memorial de agravios comunes: conviene á saber, redomazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos, y cuchilladas fingidas, publicacion de nivelos, &c.

¿Qué dice mas abajo? dijo Monipodio. Dice, dijo Rinconete, *unto de miera en la casa...* No se lea la casa, que ya yo sé dónde es, respondió Monipodio, y yo soy el tuautem y secutor de esa niñería, y están dados á buena cuenta cuatro escudos, y el principal es ocho. Así es la verdad dijo Rinconete, que todo eso está aquí escrito; y aun mas abajo dice: *clavazon de cuernos.* Tampoco se lea, dijo Monipodio, la casa, ni adónde, que basta que se les haga el agravio, sin que se diga en público, que es gran cargo de conciencia: á lo ménos mas querria yo clavar cien cuernos, y otros tan-

los sambenitos como se me pagase mi trabajo, que decirlo sola una vez, aunque fuese á la madre que me parió. El secutor de esto es, dijo Rinconete, el Narigueta. Ya está eso hecho y pagado, dijo Monipodio; mirad si hay mas, que si mal no me acuerdo, ha de haber ahí un espanto de veinte escudos: está dada la mitad, y el secutor es la comunidad toda, y el término es todo el mes en que estamos, y cumpliráse al pie de la letra, sin que falte una tilde, y será una de las mejores cosas que hayan sucedido en esta ciudad de muchos tiempos á esta parte. Dadme el libro, mancebo, que yo sé que no hay mas, y sé tambien que anda muy flaco el oficio; pero tras este tiempo vendrá otro, y habrá que hacer mas de lo que quisiéremos, que no se mueve la hoja sin la voluntad de Dios, y no hemos de hacer nosotros que se vengue nadie por fuerza: cuanto mas, que cada uno en su causa suele ser valiente, y no quiere pagar las hechuras de la obra que él se puede hacer por sus manos. Así es, dijo á esto el Repolido; pero mire vuesa merced, señor Monipodio, lo que nos ordena y manda, que se va haciendo tarde y va entrando el calor mas que de paso.

Lo que se ha de hacer, respondió Monipodio, es que todos se vayan á sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar, y se repartirá todo lo que hubiere caido, sin agraviar á nadie. A Rinconete el bueno, y á Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la torre del Oro por de fuera de la ciudad hasta el postigo del Alcazar, donde se puede trabajar á sentadillas con sus flores, que yo he visto á otros de ménos habilidad que ellos salir cada dia con mas de veinte reales en menudos amen de la plata, con una baraja sola, y esa con cuatro naipes ménos: este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendais hasta San Sebastian y Santelmo importa poco, puesto que es justicia mera mixta, que nadie se entre en pertenencia de nadie. Besáronle la mano los dos por la merced que les hacia, y ofreciéronse á hacer su oficio bien y fielmente con toda diligencia y recato. Sacó en esto Monipodio un papel doblado de la capilla de

la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo á Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no habia tintero, le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario que hallase los escribiese, poniendo: Rinconete y Cortadillo cofrades: noviciado ninguno: Rinconete floreo: Cortadillo bajon; y el dia, mes y año, callando padres y patria.

Estando en esto entró uno de los viejos avispones, y dijo: vengo á decir á vuesas mercedes como ahora topé en gradas á Lobillo el de Málaga, y díceme que viene mejorado en su arte de tal manera, que con naipe limpio quitará el dinero al mismo Satanás; y que por venir maltratado no viene luego á registrarse, y á dar la solita obediencia; pero que el domingo será aquí sin falta. Siempre se me asentó á mí, dijo Monipodio, que este Lobillo habia de ser único en su arte, porque tiene las mejores y mas acomodadas manos para ello que se pueden desear; que para ser uno buen oficial en su oficio ó arte, tanto ha menester los buenos instrumentos con que le ejercita, como el ingenio con que le aprende. Tambien topé, dijo el viejo, en una casa de posadas en la calle de Tintores al Judío en hábito de clérigo, que se ha ido á posar allí, por tener noticia que dos peruleros viven en la misma casa, y querria ver si pudiese trabar juego con ellos, aunque fuese de poca cantidad, que de allí podria venir á mucha: dice tambien que el domingo no faltará de la junta, y dará cuenta de su persona. Ese Judío tambien, dijo Monipodio, es gran sacre y tiene gran conocimiento; dias ha que no le he visto, y no lo hace bien; pues á fe que si no se enmienda, que yo le deshaga la corona, que no tiene mas órdenes el ladron que las que tiene el turco, ni sàbe mas latin que mi madre. ¿Hay mas de nuevo? No, dijo el viejo, á lo menos que yo sepa. Pues sea en buen hora, dijo Monipodio; voacedes tomen esta miseria (y repartió entre todos hasta cuarenta reales), y el domingo no falte nadie, que no faltará nada de lo corrido.

Todos le volvieron las gracias: tornáronse á abrazar Repolido y la Cariharta: la Escalanta con Maniferro, y la Ga-

nanciosa con Chiquiznaque, concertando que aquella noche, despues de haber alzado de obra en la casa, se viesen en la de la Pipota, donde tambien dijo que iria Monipodio al registro de la canasta de colar, y que luego habia de ir á cumplir y borrar la partida de la miera: abrazó á Rinconete y á Cortadillo; y echándoles su bendicion, los despidió, encargándoles que no tuviesen jamas posada cierta, ni de asiento, porque así convenia á la salud de todos. Acompañólos Ganchoso hasta enseñarles sus puestos, acordándoles que no faltasen el domingo, porque á lo que creia, Monipodio habia de leer una licion de oposicion acerca de las cosas concernientes á su arte. Con esto se fué, dejando á los dos compañeros admirados de lo que habian visto.

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenia buen natural; y como habia andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabia algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que habia oido á Monipodio, y á los demas de su compañía y bendita comunidad; y mas cuando por decir per modum sufragii, habia dicho por modo de naufragio; y que sacaban el estupendo, por decir estipendio, de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un marinero de Tarpeya, y un tigre de Ocaña, por decir de Hircania, con otras mil impertinencias: especialmente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que habia pasado en ganar los veinte y cuatro reales, lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados: y sobre todo le admiraba la seguridad que tenian y la confianza de irse al cielo con no faltar á sus devociones, estando tan llenos de hurtos y de homicidios y de ofensas de Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar hurtada guardada en su casa, y se iba á poner las candelicas de cera á las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida.

No ménos le suspendia la obediencia y el respeto que todos tenian á Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado: consideraba lo que habia leido en su libro

de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban: finalmente exageraba cuán descuidada justicia habia en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues casi al descubierto vivia en ella gente tan perniciosa, y tan contraria á la misma naturaleza; y propuso en sí de aconsejar á su compañero no durasen mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta. Pero con todo eso, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden mas luenga escritura; y así se deja para otra ocasion contar su vida y milagros con los de su maestro Monipodio, y otros famosos sucesos de aquellos de la infame academia, que todos serán de grande consideracion, y que podrán servir de ejemplo y aviso á los que los leyeren.

LA ESPAÑOLA INGLESA.

Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz [1], Clotaldo, un caballero ingles, capitan de una

1 Todavía continuaba Cervantes su residencia en Sevilla en el año de 1596, cuando entró en Cádiz en 1.° de Julio una escuadra inglesa de ciento y cincuenta velas, mandada por el conde Cárlos Howard, gran almirante de aquel reino, con un ejército de veinte y tres mil hombres á las órdenes del conde de Essex, célebre valido de la Reina Isabel de Inglaterra. Las naves que estaban en la bahía se batieron sin órden, y se retiraron á la parte interior al abrigo de los fuertes; lo que aumentó el desaliento y la turbacion en la plaza; donde no habia caudillo militar capaz de preparar y sostener la defensa. Esto dió brios á los ingleses para ejecutar su desembarco, y entrar en la ciudad con muy corta resistencia. Saqueáronla completamente, y ricos con los tesoros que de ella sacaron, la incendiaron y abandonaron á los veinte y cuatro dias, reembarcando sus tropas, y dando la vela para intentar semejantes hostilidades en otras partes. Con tan imprevisto suceso se alarmaron como era natural los pueblos comarcanos: hiciéronse en ellos grandes preparativos para acudir á la defensa, y en Sevilla mandó el Asistente formar un batallon de veinte y cuatro compañías de infantería de los mismos vecinos, nombrando por capitanes á varios de los principales caballeros, quienes en los dias festivos se ejercitaban en el campo de Tablada en el manejo de las armas y en las evoluciones militares, á cuyo fin habia enviado el duque de Medina al capitan Becerra á aquella ciudad. La gentileza y gallardía de los jóvenes alistados en esta nueva milicia, y el lucimiento con que se presentaban en sus ejercicios, hicieron tal contraste con el abandono y descuido anterior, con la morosidad, inaccion y poca energía con que se procedió, sin atacar ni desalojar á

4

escuadra de navíos, llevó á Londres una niña de edad de siete años poco mas ó ménos; y esto contra la voluntad y sabiduría del conde de Essex, que con toda diligencia hizo buscar la niña para volvérsela á sus padres, que ante él se quejaron de la falta de su hija, pidiéndole que pues se contentaba con las haciendas y dejaba libres las personas, no fuesen ellos tan desdichados, que ya que quedaban pobres, quedasen sin su hija, que era la lumbre de sus ojos y la mas hermosa criatura que habia en toda la ciudad. Mandó el conde echar un bando por toda su armada, que so pena de la vida volviese la niña cualquiera que la tuviese; mas ningunas penas ni temores fueron bastantes á que Clotaldo le obedeciese, que la tenia escondida en su nave, aficionado, aunque cristianamente, á la incomparable hermosura de Isabela (que así se llamaba la niña). Finalmente sus padres se quedaron sin ella, tristes y desconsolados, y Clotaldo alegre sobre modo llegó á Londres, y entregó por riquísimo despojo á su muger la hermosa niña.

---

los enemigos en tantos dias, hasta que saquearon y abandonaron la plaza impunemente, y con la ostentosa entrada que sin embargo hizo en ella el duque despues de tan lamentable suceso, como si fuera para solemnizar el mas glorioso triunfo, que no pudo dejar de ser este el objeto de las censuras y conversaciones públicas, ni de estimular á Cervantes á burlarse en un soneto con fina ironia y discreto donaire de tan cómicas y graciosas escenas (*). De este mismo suceso y expedicion de los ingleses á Cádiz formó algunos años despues el asunto de su novela intitulada la *Española inglesa.*"

(NAVARRETE. *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, §. 89.)

(*) SONETO.

Vimos en Julio otra semana santa,
Atestada de ciertas cofradías,
Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo, y no el ingles se espanta:
Hubo de plumas muchedumbre tanta,
Que en menos de catorce ó quince dias
Volaron sus pigmeos y Golias,
Y cayó su edificio por la planta:
Bramó el Becerro, y púsolos en sarta,
Tronó la tierra, escurecióse el cielo,
Amenazando una total ruina,
Y al cabo en Cadiz con mesura harta,
Ido ya el Conde sin ningun recelo,
Triunfando entró el gran Duque de Medina.

Quiso la buena suerte que todos los de la casa de Clotaldo eran católicos secretos, aunque en lo público mostraban seguir la opinion de su reino. Tenia Clotaldo un hijo llamado Ricaredo, de edad de doce años, enseñado de sus padres á amar y temer á Dios, y á estar muy entero en las verdades de la fe católica. Catalina la muger de Clotaldo, noble, cristiana, y prudente señora, tomó tanto amor á Isabela, que como si fuera su hija la criaba, regalaba é industriaba; y la niña era de tan buen natural, que con facilidad aprendia todo cuanto le enseñaban: con el tiempo, y con los regalos fué olvidando los que sus padres verdaderos le habian hecho, pero no tanto que dejase de acordarse y de suspirar por ellos muchas veces; y aunque iba aprendiendo la lengua inglesa, no perdia la española, porque Clotaldo tenia cuidado de traerle á casa secretamente españoles que hablasen con ella: de esta manera, sin olvidar la suya (como está dicho) hablaba la lengua inglesa como si hubiera nacido en Londres.

Despues de haberle enseñado todas las cosas de labor que puede y debe saber una doncella bien nacida, la enseñaron á leer y escribir mas que medianamente; pero en lo qué tuvo extremo fué en tañer todos los instrumentos que á una muger son lícitos, y esto con toda perfeccion de música, acompañada con una voz que le dió el cielo tan extremada, que encantaba cuando cantaba. Todas estas gracias, adquiridas y puestas sobre la natural suya, poco á poco fueron encendiendo el pecho de Ricaredo, á quien ella, como á hijo de su señor, queria y servia: al principio le salteó amor con un modo de agradarse y complacerse de ver la sin igual belleza de Isabela, y de considerar sus infinitas virtudes y gracias, amándola como si fuera su hermana, sin que sus deseos saliesen de los términos honrados y virtuosos. Pero como fue creciendo Isabela, que ya cuando Ricaredo ardia tenia doce años, aquella benevolencia primera, y aquella complacencia y agrado de mirarla se volvió en ardentísimos deseos de gozarla y de poseerla, no porque aspirase á esto por otros medios que por los honestos de ser su

verdadero esposo; pues de la incomparable honestidad de Isabela (que así la llamaban ellos) no se podia esperar otra cosa, ni aun él quisiera esperarla aunque pudiera, porque su noble condicion, y la grande estimacion en que á Isabela tenia, no consentian que ningun mal pensamiento echase raices en su alma.

Mil veces determinó manifestar su amorosa voluntad á sus padres, y otras tantas reprobó su determinacion, porque él sabia que le tenian dedicado para ser esposo de una muy rica y principal doncella escocesa, asímismo secreta cristiana como ellos; y estaba claro, segun él decia, que no habian de querer dar á una esclava (si este nombre se podia dar á Isabela) lo que ya tenian concertado de dar á una señora: y así perplejo y pensativo, sin saber qué camino tomar, ni con quién comunicar su pasion para venir al fin de su buen deseo, pasaba una vida tal, que le puso á punto de perderla, pero pareciéndole ser gran cobardía dejarse morir sin intentar algun género de remedio á su dolencia, se animó y esforzó á declarar su intento á Isabela.

Andaban todos los de casa tristes y alborotados por la enfermedad de Ricaredo, que de todos era querido, y de sus padres con el extremo posible, así por no tener otro, como porque lo merecia su mucha virtud y su gran valor y entendimiento: no le acertaban los médicos la enfermedad, ni él osaba ni queria descubrírsela. En fin, puesto en romper por las dificultades que él se imaginaba, un dia que entró Isabela á servirle, viéndola sola, con desmayada voz y lengua turbada la dijo: hermosa Isabela, tu valor, tu mucha virtud y grande hermosura me tiene como me ves; si no quieres que deje la vida en manos de las mayores penas que pueden imaginarse, responda el tuyo á mi buen deseo, que no es otro que el de recibirte por mi esposa á hurto de mis padres, de los cuales temo que por no conocer lo que yo conozco que mereces, me han de negar el bien que tanto me importa: si me das la palabra de ser mia, yo te la doy desde luego, como verdadero y católico cristiano, de ser tuyo: que puesto que no llegue á gozarte, como no

llegaré hasta que con bendicion de la iglesia y de mis padres sea; aquel imaginar que con seguridad eres mia, será bastante á darme salud, y á mantenerme alegre y contento hasta que llegue el feliz punto que deseo.

En tanto que esto dijo Ricaredo, estuvo escuchándole Isabela los ojos bajos, mostrando en aquel punto que su honestidad se igualaba á su hermosura, y á su mucha discrecion su recato; y así viendo que Ricaredo callaba, honesta, hermosa y discreta le respondió de esta suerte: despues que quiso el rigor ó la clemencia del cielo (que no sé á cual de estos extremos lo atribuya) quitarme á mis padres, señor Ricaredo, y darme á los vuestros, agradecida á las infinitas mercedes que me han hecho, determiné que jamas mi voluntad saliese de la suya, y así sin ella tendria no por buena, sino por mala fortuna la inestimable merced que quereis hacerme: si con su sabiduría fuere yo tan venturosa què os merezca, desde aquí os ofrezco la voluntad que ellos me dieren, y en tanto que esto se dilatare, ó no fuere, entretenga vuestros deseos saber que los mios serán eternos y limpios en deseáros el bien que el cielo puede daros. Aquí puso silencio Isabela á sus honestas y discretas razones, y allí comenzó la salud de Ricaredo, y comenzaron á revivir las esperanzas de sus padres que en su enfermedad muertas estaban.

Despidiéronse los dos cortesmente, él con lágrimas en los ojos, ella con admiracion en el alma de ver tan rendida á su amor la de Ricaredo; el cual levantado del lecho, al parecer de sus padres por milagro, no quiso tenerles mas tiempo ocultos sus pensamientos: y así un dia se los manifestó á su madre, diciéndole en el fin de su plática, que fué larga, que si no le casaba con Isabela, que el negársela y darle la muerte era todo una misma cosa. Con tales razones, con tales encarecimientos subió al cielo las virtudes de Isabela Ricaredo, que le pareció á su madre que Isabela era la engañada en llevar á su hijo por esposo. Dió buenas esperanzas á su hijo de disponer á su padre á que con gusto viniese en lo que ya ella tambien venia; y así fué, que diciendo á

su marido las mismas razones que á ella habia dicho su hijo, con facilidad le movió á querer lo que tanto su hijo deseaba, fabricando excusas que impidiesen el casamiento que casi tenia concertado con la doncella de Escocia. A esta sazon tenia Isabela catorce años, y Ricaredo veinte; y en esta tan verde y tan florida edad su mucha discrecion y conocida prudencia los hacia ancianos.

Cuatro dias faltaban para llegarse aquel en el cual los padres de Ricaredo querian que su hijo inclinase el cuello al yugo santo del matrimonio, teniéndose por prudentes y dichosísimos de haber escogido á su prisionera por su hija, teniendo en mas la dote de sus virtudes que la mucha riqueza que con la escocesa se les ofrecia: las galas estaban ya á punto, los parientes y los amigos convidados, y no faltaba otra cosa sino hacer á la reina sabedora de aquel concierto, porque sin su voluntad y consentimiento entre los de sangre ilustre no se efectúa casamiento alguno; pero no dudaron de la licencia, y así se detuvieron en pedirla. Estando ya todo en este estado, cuando faltaban los cuatro dias hasta el de la boda, una tarde turbó todo su regocijo un ministro de la reina que dió un recaudo á Clotaldo, que su magestad mandaba que otro dia por la mañana llevasen á su presencia á su prisionera la española de Cádiz. Respondióle Clotaldo que de muy buena gana haria lo que su magestad le mandaba. Fuese el ministro, y dejó llenos los pechos de todos de turbacion, sobresalto y miedo. ¡Ay, decia la señora Catalina, si sabe la reina que yo he criado á esta niña á lo católico, y de aquí viene á inferir que todos los de esta casa somos cristianos! Pues si la reina le pregunta qué es lo que ha aprendido en ocho años que ha que es nuestra prisionera, ¿qué ha de responder la cuitada que no nos condene, por mas discrecion que tenga? Oyendo lo cual Isabela, le dijo: no le dé pena alguna, señora mia, ese temor, que yo confio en el cielo que me ha de dar palabras en aquel instante por su divina bondad y misericordia, que no solo no os condenen, sino que redunden en provecho vuestro.

Temblaba Ricaredo casi como adivino de algun mal suceso: Clotaldo buscaba modos que pudiesen dar ánimo á su mucho temor, y no los hallaba sino en la mucha confianza que en Dios tenia, y en la prudencia de Isabela, á quien encomendó mucho que por todas las vias que pudiese excusase el condenarlos por católicos; que puesto que estaban prontos con el espíritu á recibir martirio, todavía la carne enferma rehusaba su amarga carrera. Una y muchas veces les aseguró Isabela estuviesen seguros que por su causa no sucederia lo que temian y sospechaban; porque aunque ella entonces no sabia lo que habia de responder á las preguntas que en tal caso le hiciesen, tenia viva y cierta esperanza que habia de responder de modo, que como otra vez habia dicho, sus respuestas les sirviesen de abono.

Discurrieron aquella noche en muchas cosas, especialmente en que si la reina supiera que eran católicos, no les enviaria recaudo tan manso, por donde se podia inferir que solo queria ver á Isabela, cuya sin igual hermosura y habilidades habrian llegado á sus oidos como á todos los de la ciudad; pero ya en no habérsela presentado se hallaban culpados, de lo cual hallaron sería bien disculparse con decir que desde el punto que entró en su poder la escogieron y señalaron para esposa de su hijo Ricaredo; pero tambien en esto se culpaban, por haber hecho el casamiento sin licencia de la reina, aunque esta culpa no les pareció digna de gran castigo. Con esto se consolaron, y acordaron que Isabela no fuese vestida humildemente como prisionera, sino como esposa, pues ya lo era de tan principal esposo como su hijo. Resueltos en esto, otro dia vistieron á Isabela á la española, con una saya entera de raso verde acuchillada, y forrada en tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de riquísimas piedras: collar y cintura de diamantes, y con abanico á modo de las señoras damas españolas: sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretegidos y sembrados de diamantes y perlas, le servian de tocado.

Con este adorno riquísimo, y con su gallarda disposicion

y milagrosa belleza, se mostró aquel dia á Londres en una hermosa carroza, llevando colgados de su vista las almas y los ojos de cuantos la miraban. Iban con ella Clotaldo y su muger, y Ricaredo en la carroza, y á caballo muchos ilustres parientes suyos. Toda esta honra quiso hacer Clotaldo á su prisionera por obligar á la reina la tratase como á esposa de su hijo. Llegados pues á palacio, y á una gran sala donde la reina estaba, entró por ella Isabela, dando de sí la mas hermosa muestra que pudo caber en humana imaginacion. Era la sala grande y espaciosa, y á dos pasos se quedó el acompañamiento, y se adelantó Isabela, y como quedó sola, pareció lo mismo que parece la estrella ó exhalacion que por la region del fuego en serena y sosegada noche suele moverse; ó bien así como rayo del sol que al salir del dia por entre las montañas se descubre: todo esto pareció, y aun cometa que pronosticó el incendio de mas de un alma de los que allí estaban, á quien amor abrasó con los rayos de los hermosos soles de Isabela: la cual llena de humildad y cortesía se fué á poner de hinojos ante la reina, y en lengua inglesa le dijo: dé vuesa magestad las manos á esta su sierva que desde hoy mas se tendrá por señora, pues ha sido tan venturosa que ha llegado á ver la grandeza vuestra.

Estuvo la reina mirándola por un buen espacio sin hablarle palabra, pareciéndole, como despues dijo á su camarera, que tenia delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traía; su bello rostro y sus ojos el sol y la luna; y toda ella una nueva maravilla de hermosura. Las damas que estaban con la reina quisieran hacerse todas ojos, porque no les quedase cosa por mirar á Isabela: cuál alababa la viveza de sus ojos, cuál la color del rostro, cuál la gallardía del cuerpo, y cuál la dulzura de la habla; y tal hubo que de pura envidia dijo: buena es la española, pero no me contenta el trage.

Despues que pasó algun tanto la suspension de la reina, haciendo levantar á Isabela, le dijo: habladme en español, doncella, que yo le entiendo bien, y gustaré de ello; y vol-

viéndose á Clotaldo, dijo: Clotaldo, agravio me habeis hecho en tenerme este tesoro tantos años encubierto; mas él es tal que os habrá movido á codicia: obligado estais á restituírmele, porque de derecho es mio. Señora, respondió Clotaldo, mucha verdad es lo que vuestra magestad dice: confieso mi culpa, si lo es haber guardado este tesoro á que estuviese en la perfeccion que convenia para parecer ante los ojos de vuestra magestad; y ahora que lo está, pensaba traerle mejorado, pidiendo licencia á vuestra magestad para que Isabela fuese esposa de mi hijo Ricaredo, y daros, alta magestad, en los dos todo cuanto puedo daros.

Hasta el nombre me contenta, respondió la reina; no le faltaba mas sino llamarse Isabela la española, para que no me quedase nada de perfeccion que desear en ella; pero advertid, Clotaldo, que sé que sin mi licencia la teníades prometida á vuestro hijo. Así es verdad, señora, respondió Clotaldo; pero fué en la confianza de que los muchos y relevados servicios que yo y mis pasados tenemos hechos á esta corona, alcanzarian de vuestra magestad otras mercedes mas dificultosas que las de esta licencia, cuanto mas que aún no está desposado mi hijo. Ni lo estará, dijo la reina, con Isabela hasta que por sí mismo lo merezca; quiero decir, que no quiero que para esto le aprovechen vuestros servicios ni los de sus pasados: él por sí mismo se ha de disponer á servirme, y á merecer por sí esta prenda, que yo la estimo como si fuese mi hija. Apénas oyó esta última palabra Isabela cuando se volvió á hincar de rodillas ante la reina, diciéndole en lengua castellana: las desgracias que tales descuentos traen, serenísima señora, antes se han de tener por dichas que por desventuras: ya vuestra magestad me ha dado nombre de hija, sobre tal prenda ¿qué males podré temer, ó qué bienes no podré esperar? Con tanta gracia y donaire decia cuanto decia Isabela, que la reina se le aficionó en extremo, y mandó que se quedase en su servicio, y se la entregó á una gran señora su camarera mayor para que la enseñase el modo de vivir suyo.

Ricaredo que se vió quitar la vida en quitarle á Isabela,

estuvo á pique de perder el juicio; y así temblando y con sobresalto se fué á poner de rodillas ante la reina, á quien dijo: para servir yo á vuestra magestad no es menester incitarme con otros premios que con aquellos que mis padres y mis pasados han alcanzado por haber servido á sus reyes; pero pues vuestra magestad gusta que yo la sirva con nuevos deseos y pretensiones, querria saber en qué modo, en qué ejercicio podré mostrar que cumplo con la obligacion en que vuestra magestad me pone. Dos navíos, respondió la reina, estan para partirse en corso, de los cuales he hecho general al baron de Lansac; del uno de ellos os hago á vos capitan, porque la sangre de donde venís me asegura que ha de suplir la falta de vuestros años; y advertid á la merced que os hago, pues os doy ocasion en ella á que correspondiendo á quien sois, y sirviendo á vuestra reina mostreis el valor de vuestro ingenio y de vuestra persona, y alcanceis el mejor premio que á mi parecer vos mismo podeis acertar á desearos: yo misma os seré guarda de Isabela, aunque ella da muestras que su honestidad será su mas verdadera guarda. Id con Dios, que pues vais enamorado, como imagino, grandes cosas me prometo de vuestras hazañas: felice fuera el rey batallador que tuviera en su ejército diez mil soldados amantes, que esperáran que el premio de sus victorias habia de ser gozar de sus amadas: levantaos, Ricaredo, y mirad si teneis ó quereis decir algo á Isabela, porque mañana ha de ser vuestra partida. Besó las manos Ricaredo á la reina, estimando en mucho la merced que le hacia, y luego se fué á hincar de rodillas ante Isabela, y queriéndola hablar no pudo, porque se le puso un nudo en la garganta que le ató la lengua, y las lágrimas acudieron á los ojos, y él acudió á disimularlas lo mas que le fué posible; pero con todo eso no se pudieron encubrir á los ojos de la reina, pues dijo: no os afrenteis, Ricaredo, de llorar, ni os tengais en ménos por haber dado en este trance tan tiernas muestras de vuestro corazon, que una cosa es pelear con los enemigos, y otra despedirse de quien bien se quiere: abrazad, Isabela, á Ricaredo, y dadle vuestra

bendicion, que bien lo merece su sentimiento. Isabela, que estaba suspensa y atónita de ver la humildad y dolor de Ricaredo, que como á su esposo le amaba, no entendió lo que la reina le mandaba, antes comenzó á derramar lágrimas tan sin pensar lo que hacia, y tan ciega, y tan sin movimiento alguno, que no parecia sino que lloraba una estátua de alabastro.

Estos afectos de los dos amantes tan tiernos y tan enamorados hicieron verter lágrimas á muchos de los circunstantes; y sin hablar mas palabra Ricaredo, y sin haberle hablado alguna Isabela, haciendo Clotaldo, y los que con él venian, reverencia á la reina, se salieron de la sala llenos de compasion, de despecho y de lágrimas. Quedó Isabela como huérfana que acaban de enterrar sus padres, y con temor que la nueva señora quisiese que mudase las costumbres en que la primera la habia criado. En fin se quedó, y de allí á dos dias Ricaredo se hizo á la vela, combatido entre otros muchos de dos pensamientos que le tenian fuera de sí: era el uno considerar que le convenia hacer hazañas que le hiciesen merecedor de Isabela; y el otro que no podia hacer ninguna, si habia de responder á su católico intento, que le impedia no desenvainar la espada contra católicos, y si no la desenvainaba habia de ser notado de cristiano ú de cobarde, y todo esto redundaba en perjuicio de su vida, y en obstáculo de su pretension; pero en fin determinó de posponer el gusto de enamorado al que tenia de ser católico, y en su corazon pedia al cielo le deparase ocasiones donde con ser valiente cumpliese con ser cristiano, dejando á su reina satisfecha, y á Isabela merecida.

Seis dias navegaron los dos navíos con próspero viento, siguiendo la derrota de las islas Terceras, parage donde nunca faltan ó naves portuguesas de las Indias orientales, ó algunas derrotadas de las occidentales. Y al cabo de los seis dias les dió de costado un recísimo viento, que en el mar Océano tiene otro nombre que en el Mediterráneo, donde se llama mediodia, el cual viento fué tan durable y tan recio que sin dejarles tomar las islas, les fué forzoso correr á

España y junto á su costa, á la boca del Estrecho de Gibraltar, descubrieron tres navíos, uno poderoso y grande, y los dos pequeños: arribó la nave de Ricaredo á su capitana, para saber de su general si queria embestir á los tres navíos que se descubrian; y antes que á ella llegase, vió poner sobre la gavia mayor un estandarte negro, y llegándose mas cerca, oyó que tocaban en la nave clarines y trompetas roncas, señales claras ó que el general era muerto, ó alguna otra principal persona de la nave. Con este sobresalto llegaron á poderse hablar, que no lo habian hecho despues que salieron del puerto; dieron voces de la nave capitana diciendo que el capitan Ricaredo pasase á ella, porque el general la noche antes habia muerto de una apoplegía. Todos se entristecieron, sino fué Ricaredo que se alegró, no por el daño de su general, sino por ver que quedaba él libre para mandar en los dos navíos, que así fué la órden de la reina, que faltando el general, lo fuese Ricaredo; el cual con presteza se pasó á la capitana, donde halló que unos lloraban por el general muerto, y otros se alegraban con el vivo: finalmente los unos y los otros le dieron luego la obediencia, y le aclamaron por su general con breves ceremonias, no dando lugar á otra cosa dos de los tres navíos que habian descubierto, los cuales desviándose del grande, á las dos naves se venian.

Luego conocieron ser galeras turquescas por las medias lunas que en las banderolas traían, de que recibió gran gusto Ricaredo, pareciéndole que aquella presa, si el cielo se la concediese, seria de consideracion sin haber ofendido á ningun católico. Las dos galeras turquescas llegaron á reconocer los navíos ingleses, los cuales no traían insignias de Inglaterra, sino de España por desmentir á quien llegase á reconocerlos, y no los tuviesen por navíos de cosarios. Creyeron los turcos ser naves derrotadas de las Indias, y que con facilidad las rendirian. Fuéronse entrando poco á poco, y de industria dejólos llegar Ricaredo hasta tenerlos á gusto de su artillería, la cual mandó disparar á tan buen tiempo, que con cinco balas dió en la mitad de una de las galeras

con tanta furia, que la abrió por medio toda; dió luego á la banda, y comenzó á irse á pique sin poderse remediar. La otra galera viendo tan mal suceso, con mucha priesa la dió cabo, y la llevó á poner debajo del costado del gran navío; pero Ricaredo que tenia los suyos prestos y ligeros, que salian y entraban como si tuvieran remos, mandando cargar de nuevo la artillería, los fué siguiendo hasta la nave, lloviendo sobre ellos infinidad de balas. Los de la galera abierta así como llegaron á la nave la desampararon, y con gran priesa y celeridad procuraban acogerse á la nave. Lo cual visto por Ricaredo, y que la galera sana se ocupaba con la rendida, cargó sobre ella con sus dos navíos, y sin dejarla rodear ni valerse de los remos, la puso en estrecho, que los turcos se aprovecharon asímismo del refugio de acogerse á la nave, no para defenderse en ella, sino para escapar las vidas por entonces.

Los cristianos de quien venian armadas las galeras, arrancando las branzas y rompiendo las cadenas, mezclados con los turcos, tambien se acogieron á la nave, y como iban subiendo por su costado, con la arcabucería de los navíos, les iban tirando como al blanco: á los turcos no mas, que á los cristianos mandó Ricaredo que nadie les tirase. De esta manera casi todos los mas turcos fueron muertos, y los que en la nave entraron, por los cristianos que con ellos se mezclaron, aprovechándose de sus mismas armas, fueron hechos pedazos; que la fuerza de los valientes cuando caen, se pasa á la flaqueza de los que se levantan: y así con el calor que les daba á los cristianos pensar que los navíos ingleses eran españoles, hicieron por su libertad maravillas. Finalmente habiendo muerto casi todos los turcos, algunos españoles se pusieron á bordo del navío, y á grandes voces llamaron á los que pensaban ser españoles, entrasen á gozar el premio del vencimiento. Preguntóles Ricaredo en español, que ¿qué navío era aquel? Respondiéronle que era una nave que venía de la India de Portugal cargada de especería, y con tantas perlas y diamantes, que valia mas de un millon de oro, y que con tormenta habia arribado á aquella

parte, toda destruida y sin artillería, por haberla echado á la mar, la gente enferma y casi muerta de sed y de hambre, y que aquellas dos galeras, que eran del cosario Arnaute Mamí, el dia ántes la habian rendido, sin haberse puesto en defensa; y que á lo que habian oido decir, por no poder pasar tanta riqueza á sus dos bajeles, la llévaban á jorro para meterla en el rio Larache, que estaba allí cerca. Ricaredo les respondió, que si ellos pensaban que aquellos dos navíos eran de españoles, se engañaban, que no eran sino de la señora reina de Inglaterra: cuya nueva dió que pensar y que temer á los que la oyeron, pensando, como era razon que pensasen, que de un lazo habian caido en otro; pero Ricaredo les dijo que no temiesen algun daño, y que estuviesen ciertos de su libertad, con tal que no se pusiesen en defensa. Ni es posible ponernos en ella, respondieron, porque como ya tenemos dicho, este navío no tiene artillería, ni nosotros armas: así que nos es forzoso acudir á la gentileza y liberalidad de vuestro general; pues será justo que quien nos ha librado del insufrible cautiverio de los turcos, lleve adelante tan gran merced y beneficio, pues le podrá hacer famoso en todas las partes, que serán infinitas, donde llegare la nueva de esta memorable victoria y de su liberalidad, mas de nosotros esperada que temida.

No le parecieron mal á Ricaredo las razones del español, y llamando á consejo los de su navío, les preguntó ¿cómo haria para enviar todos los cristianos á España, sin ponerse á peligro de algun siniestro suceso, si el ser tantos les daba ánimo para levantarse? Pareceres hubo, que los hiciese pasar uno á uno á su navío, y así como fuesen entrando debajo de cubierta, matarle, y de esta manera matarlos á todos, y llevar la gran nave á Londres sin temor ni cuidado alguno. A esto respondió Ricaredo: pues que Dios nos ha hecho tan gran merced en darnos tanta riqueza, no quiero corresponderle con ánimo cruel y desagradecido, ni es bien que lo que puedo remediar con la industria, lo remedie con la espada; y así soy de parecer que ningun cristiano católico muera, no porque los quiero bien, sino porque me quiero

á mí muy bien, y querria que esta hazaña de hoy ni á mí ni á vosotros que en ella me habeis sido compañeros nos diese mezclado con el nombre de valientes el renombre de crueles, porque nunca dijo bien la crueldad con la valentía: lo que se ha de hacer es, que toda la artillería de un navío de estos se ha de pasar á la gran nave portuguesa, sin dejar en el navío otras armas ni otra cosa mas del bastimento, y pasando á la nave nuestra gente, la llevaremos á Inglaterra, y los españoles se irán á España en nuestro bajel. Nadie osó contradecir lo que Ricaredo habia propuesto, y algunos le tuvieron por valiente y magnánimo, y de buen entendimiento; otros le juzgaron en sus corazones por mas católico que debia.

Resuelto pues en esto Ricaredo, pasó con cincuenta arcabuceros á la nave portuguesa, todos alerta y con las cuerdas encendidas: halló en la nave casi trescientas personas de las que habian escapado de las galeras: pidió luego el registro de la nave, y respondióle aquel mismo que desde el borde le habló la vez primera, que el registro le habia tomado el cosario de los bajeles, que con ellos se habia ahogado. Al instante puso el torno en órden, y acostando su segundo bajel á la gran nave, con mucha presteza y con fuerza de fortísimos cabestrantes pasaron la artillería del pequeño bajel á la gran nave: luego haciendo una breve plática á los cristianos, les mandó pasar al bajel desembarazado, donde hallaron bastimentos en abundancia para mas de un mes y para mas gente; y así como se iban embarcando dió á cada uno cuatro escudos de oro españoles que hizo traer de su navío para remediar en parte su necesidad cuando llegasen á tierra, que estaba tan cerca que las altas montañas de Avila y Calpe desde allí se parecian. Todos le dieron infinitas gracias por la merced que les hacia; y el último que se iba á embarcar fué aquel que por los demas habiá hablado, el cual le dijo: por mas ventura tuviera, valeroso caballero, que me lleváras contigo á Inglaterra, que no que me enviáras á España; porque aunque es mi patria, y no habrá sino seis dias que de ella partí, no he de

hallar en ella otra cosa que no sea de ocasiones de tristezas y soledades mias.

Sabrás, señor, que en la pérdida de Cádiz que sucedió habrá quince años, perdí una hija, que los ingleses debieron de llevar á Inglaterra, y con ella perdí el descanso de mi vejez, y la luz de mis ojos, que despues que no la vieron nunca han visto cosa que de su gusto sea: el grave descontento en que me dejó su pérdida, y la de la hacienda que tambien me faltó, me pusieron de manera, que ni mas quise ni mas pude ejercitar la mercancía, cuyo trato me habia puesto en opinion de ser el mas rico mercader de toda la ciudad; y así era la verdad, pues fuera del crédito, que pasaba de muchos centenares de millares de escudos, valia mi hacienda dentro de la puerta de mi casa mas de cincuenta mil ducados: todo lo perdí, y no hubiera perdido nada, como no hubiera perdido á mi hija: trás esta general desgracia, y tan particular mia, acudió la necesidad á fatigarme hasta tanto que no pudiéndola resistir, yo y mi muger, que es aquella triste que allí está sentada, determinamos irnos á las Indias, comun refugio de los pobres generosos, y habiéndonos embarcado en un navío de aviso seis dias ha, á la salida de Cádiz dieron con el navío estos dos bajeles de cosarios, y nos cautivaron, donde se renovó nuestra desgracia y se confirmó nuestra desventura; y fuera mayor si los cosarios no hubieran tomado á esta nave portuguesa, que los entretuvo hasta haber sucedido lo que habeis visto. Preguntóle Ricaredo cómo se llamaba su hija; y respondió que Isabela. Con esto acabó de confirmarse Ricaredo en lo que ya habia sospechado, que era que el que se lo contaba era el padre de su querida Isabela; y sin darle algunas nuevas de ella, le dijo que de muy buena gana llevaria á él y á su muger á Londres, donde podria ser hallasen nuevas de la que deseaban: hízolos pasar luego á su capitana, poniendo marineros y guardas bastantes en la nao portuguesa.

Aquella noche alzaron velas, y se dieron priesa á apartarse de las costas de España, temiendo ser descubiertos

por el navío de los cautivos libres, entre los cuales tambien iban hasta veinte turcos, á quien tambien Ricaredo dió libertad por mostrar que mas por su buena condicion y generoso ánimo se mostraba liberal, que por forzarle amor que á los católicos tuviese; y rogó á los españoles que en la primera ocasion que se ofreciese diesen entera libertad á los turcos, que asímismo se le mostraron agradecidos. El viento que daba señales de ser próspero y largo, comenzó á calmar un tanto, cuya calma levantó gran tormenta de temor en los ingleses, que culpaban á Ricaredo y á su liberalidad, diciéndole que los libres podian dar aviso en España de aquel suceso, y que si acaso habia galeones de armada en el puerto, podian salir en su busca, y ponerlos en aprieto y en términos de perderse.

Bien conocia Ricaredo que tenian razon; pero venciéndolos á todos con buenas razones, los sosegó; aunque mas los quietó el viento que volvió á refrescar de modo, que dándole en todas las velas, sin tener necesidad de amainarlas ni aun de templarlas, dentro de nueve dias se hallaron á la vista de Londres, y cuando á él victoriosos volvieron, habria treinta que de él faltaban. No quiso Ricaredo entrar en el puerto con muestras de alegría por la muerte de su general, y así mezcló las señales alegres con las tristes: unas veces sonaban clarines regocijados, otras trompetas roncas: unas tocaban los tambores alegres y sobresaltadas armas, á quien con señas tristes y lamentables respondian los pífanos: de una gavia colgaba puesta al revés una bandera de medias lunas sembrada: en otras se veía un luengo estandarte de tafetan negro cuyas puntas besaban el agua. Finalmente con estos tan contrarios extremos entró en el rio de Londres con su navío, porque la nave no tuvo fondo en él que la sufriese, y así se quedó en la mar á lo largo.

Estas tan contrarias muestras y señales tenian suspenso el infinito pueblo que desde la ribera les miraba. Bien conocieron por algunas insignias que aquel navío menor era la capitana del baron de Lansac; mas no podian alcanzar cómo el otro navío se hubiese cambiado con aquella poderosa na-

ve que en la mar se quedaba; pero sacólos de esta duda haber saltado en el esquife, armado de todas armas, ricas y resplandecientes, el valeroso Ricaredo, que á pie, sin esperar otro acompañamiento que aquel de un innumerable vulgo que le seguia, se fué á palacio, donde ya la reina puesta á unos corredores estaba esperando la nueva de los navíos: estaba con la reina y las damas Isabela vestida á la inglesa, y parecia tan bien como á la castellana: ántes que Ricaredo llegase, llegó uno que dió las nuevas á la reina de como Ricaredo venia. Alborotóse Isabela oyendo el nombre de Ricaredo, y en aquel instante temió y esperó malos y buenos sucesos de su venida.

Era Ricaredo alto de cuerpo, gentilhombre, y bien proporcionado; y como venia armado de peto, espaldar y gola, brazaletes y escarcelas, con unas armas milanesas de once listas, grabadas y doradas, parecia en extremo bien á cuantos le miraban: no le cubria la cabeza morrion alguno, sino un sombrero de gran falda de color leonado, con mucha diversidad de plumas terciadas á la valona; la espada ancha, los tiros ricos, las calzas á la esgüízara. Con este adorno, y con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon á Marte, dios de las batallas; y otros, llevados de la hermosura de su rostro, dicen que le compararon á Vénus, que para hacer alguna burla á Marte, de aquel modo se habia disfrazado. En fin él llegó ante la reina, y puesto de rodillas le dijo: alta magestad, en fuerza de vuestra ventura, y en consecucion de mi gran deseo, despues de haber muerto de una apoplegía el general de Lansac, quedando yo en su lugar, merced á la liberalidad vuestra, me deparó la suerte dos galeras turquescas que llevaban remolcando aquella gran nave que allí se parece; acometílas, pelearon vuestros soldados con muy grande ánimo como siempre: echáronse á fondo los bajeles de los cosarios: en el uno de los nuestros, en vuestro real nombre, dí libertad á los cristianos que del poder de los turcos escaparon: solo traje conmigo á un hombre y una muger, españoles, que por su gusto quisieron venir á ver la grandeza vuestra: aquella gran nave es de las

que vienen de la India de Portugal, la cual por tormenta vino á dar en poder de los turcos, que con poco trabajo, ó por mejor decir sin ninguno, la rindieron, y segun dijeron algunos portugueses de los que en ella venian, pasa de un millon de oro el valor de la especería, y otras mercancías de perlas y diamantes que en ellá vienen: á ninguna cosa se ha tocado, ni los turcos habian llegado á ella, porque todo lo dedicó el cielo, y yo lo mandé guardar para vuestra magestad, que con una joya sola que se me dé, quedaré en deuda de otras diez naves; la cual joya vuestra magestad me la tiene ya prometida, que es á mi Isabela: con ella quedaré rico y premiado, no solo de este servicio, cual él sea, que á vuestra magestad he hecho, sino de otros muchos que pienso hacer por pagar alguna parte del todo casi infinito que en esta joya vuestra magestad me ofrece.

Levantaos, Ricaredo, respondió la reina, y creedme que si por precio os hubiera de dar á Isabela, segun yo la estimo, no la pudiérades pagar ni con lo que trae esa nave, ni con lo que queda en las Indias: yo os la doy, porque os la prometí, y porque ella es digna de vos, y vos lo sois de ella: vuestro valor solo la merece: si vos habeis guardado las joyas de la nave para mí, yo os he guardado la joya vuestra para vos; y aunque os parezca que no hago mucho en volveros lo que es vuestro, yo sé que os hago mucha merced en ello, que las prendas que se compran á deseos y tienen su estimacion en el alma del comprador, aquello valen que vale una alma, que no hay precio en la tierra con que apreciarla: Isabela es vuestra, véisla allí, cuando quisiéredes podeis tomar su entera posesion, y creo será con su gusto, porque es discreta, y sabrá ponderar la amistad que le haceis, que no la quiero llamar merced, sino amistad; porque me quiero alzar con el nombre de que yo sola puedo hacerle mercedes: idos á descansar, y venidme á ver mañana, que quiero mas particularmente oir vuestras hazañas, y traedme esos dos que decís que de su voluntad han querido venir á verme, que se lo quiero agradecer. Besóle la mano Ricaredo por las muchas mercedes que le hacia.

Entróse la reina en una sala, y las damas rodearon á Ricaredo, y una de ellas que habia tomado grande amistad con Isabela, llamada la señora Tansi, tenida por la mas discreta, desenvuelta y graciosa de todas, dijo á Ricaredo: ¿qué es esto, señor Ricaredo? ¿qué armas son estas? ¿pensábades por ventura que veníades á pelear con vuestros enemigos? pues en verdad que aquí todas somos vuestras amigas, sino es la señora Isabela, que como española está obligada á no teneros buena voluntad. Acuérdese ella, señora Tansi, de tenerme alguna, que como yo esté en su memoria, dijo Ricaredo, yo sé que la voluntad será buena, pues no puede caber en su mucho valor y entendimiento, y rara hermosura, la fealdad de ser desagradecida. A lo cual respondió Isabela: señor Ricaredo, pues he de ser vuestra, á vos toca tomar de mí toda la satisfaccion que quisiéredes para recompensaros de las alabanzas que me habeis dado, y de las mercedes que pensais hacerme.

Estas y otras honestas razones pasó Ricaredo con Isabela y con las damas, entre las cuales habia una doncella de pequeña edad, la cual no hizo sino mirar á Ricaredo miéntras allí estuvo: alzábale las escarcelas por ver qué traía debajo de ellas; tentábale la espada, y con simplicidad de niña queria que las armas le sirviesen de espejo, llegándose á mirar de muy cerca en ellas; y cuando se hubo ido, volviéndose á las damas, dijo: ahora, señoras, yo imagino que debe de ser cosa hermosísima la guerra, pues aun entre mugeres parecen bien los hombres armados. ¿Y cómo si parecen? respondió la señora Tansi, si no mirad á Ricaredo, que no parece sino que el sol se ha bajado á la tierra, y en aquel hábito va caminando por la calle. Rieron todas del dicho de la doncella, y de la disparatada semejanza de Tansi; y no faltaron murmuradores que tuvieron por impertinencia el haber venido armado Ricaredo á palacio, puesto que halló disculpa en otros que dijeron, que como soldado lo pudo hacer para mostrar su gallarda bizarría.

Fué Ricaredo de sus padres, amigos, parientes y conocidos con muestras de entrañable amor recibido. Aquella noche

se hicieron generales alegrías en Londres por el buen suceso. Ya los padres de Isabela estaban en casa de Clotaldo, á quien Ricaredo habia dicho quiénes eran; pero que no les diesen nueva ninguna de Isabela hasta que él mismo se la diese. Este aviso tuvo la señora Catalina su madre, y todos los criados y criadas de su casa. Aquella misma noche con muchos bajeles, lanchas y barcos, y con no ménos ojos que lo miraban, se comenzó á descargar la gran nave, que en ocho dias no acabó de dar la mucha pimienta y otras riquísimas mercaderías que en su vientre encerradas tenia. El dia que siguió á esta noche fué Ricaredo á palacio, llevando consigo al padre y madre de Isabela, vestidos de nuevo á la inglesa, diciéndoles que la reina queria verlos. Llegaron todos donde la reina estaba en medio de sus damas esperando á Ricaredo, á quien quiso lisonjear y favorecer con tener junto á sí á Isabela, vestida con aquel mismo vestido que llevó la vez primera, mostrándose no ménos hermosa y bizarra ahora que entonces. Los padres de Isabela quedaron admirados y suspensos de ver tanta grandeza y gallardía junta. Pusieron los ojos en Isabela, y no la conocieron, aunque el corazon, présago del bien que tan cerca tenian, les comenzó á saltar en el pecho; no con sobresalto que les entristeciese, sino con un no sé qué de gusto, que ellos no acertaban á entenderle.

No consintió la reina que Ricaredo estuviese de rodillas ante ella; antes le hizo levantar y sentar en una silla rasa que para esto solo allí puesta tenian: inusitada merced para la altiva condicion de la reina; y alguno dijo á otro: Ricaredo no se sienta hoy sobre la silla que le han dado, sino sobre la pimienta que él trujo. Otro acudió, y dijo: ahora se verifica lo que comunmente se dice, que dádivas quebrantan peñas, pues las que ha traido Ricaredo han ablandado el duro corazon de nuestra reina. Y otro dijo: ahora que está tan bien ensillado, mas de dos se atreverán á correrle. En efecto, de aquella nueva honra que la reina hizo á Ricaredo tomó ocasion la envidia para nacer en muchos pechos de aquellos que mirándolo estaban; porque no hay merced que el príncipe haga á su privado, que no sea una lanza que atra-

viese el corazon del envidioso. Quiso la reina saber de Ricaredo menudamente cómo habia pasado la batalla con los bajeles de los cosarios: él la contó de nuevo, atribuyendo la victoria á Dios, y á los brazos valerosos de sus soldados, encareciéndolos á todos juntos, y particularizando algunos hechos de algunos, que mas que los otros se habian señalado, con que obligó á la reina á hacer á todos merced, y en particular á los particulares; y cuando llegó á decir la libertad que en nombre de su magestad habia dado á los turcos y cristianos, dijo: aquella muger y aquel hombre que allí están (señalando á los padres de Isabela) son los que dije ayer á vuestra magestad, que con deseo de ver vuestra grandeza, encarecidamente me pidieron los trújese conmigo: ellos son de Cádiz, y de lo que ellos me han contado, y de lo que en ellos he visto y notado, sé que son gente principal y de valor.

Mandóles la reina que se llegasen cerca: alzó los ojos Isabela á mirar los que decian ser españoles, y mas de Cádiz, con deseo de saber si por ventura conocian á sus padres. Así como Isabela alzó los ojos, los puso en ella su madre, y detuvo el paso para mirarla mas atentamente; y en la memoria de Isabela se comenzaron á despertar unas confusas noticias que le querian dar á entender que en otro tiempo ella habia visto aquella muger que delante tenia. Su padre estaba en la misma confusion, sin osar determinarse á dar crédito á la verdad que sus ojos le mostraban. Ricaredo estaba atentísimo á ver los efectos y movimientos que hacian las tres dudosas y perplejas almas, que tan confusas estaban entre el sí y el no de conocerse.

Conoció la reina la suspension de entrámbos, y aun desasosiego de Isabela, porque la vió trasudar, y levantar la mano muchas veces á componerse el cabello. En esto deseaba Isabela que hablase la que pensaba ser su madre, quizá los oidos la sacarian de la duda en que sus ojos la habian puesto. La reina dijo á Isabela, que en lengua española dijese á aquella muger y á aquel hombre le dijesen qué causa les habia movido á no querer gozar de la libertad que Ricaredo les habia dado, siendo la libertad la cosa mas amada no solo de

la gente de razon, mas aun de los animales que carecen de ella. Todo esto preguntó Isabela á su madre; la cual sin responderle palabra, desatentadamente y medio tropezando se llegó á Isabela, y sin mirar á respeto, temores, ni miramientos cortesanos, alzó la mano á la oreja derecha de Isabela, y descubrió un lunar negro que allí tenia, la cual señal acabó de certificar su sospecha; y viendo claramente ser Isabela su hija, abrazándose con ella dió una gran voz, diciendo: ¡oh hija de mi corazon! ¡oh prenda cara del alma mia! Y sin poder pasar adelante, se cayó desmayada en los brazos de Isabela. Su padre, no ménos tierno que prudente, dió muestras de su sentimiento no con otras palabras, que con derramar lágrimas, que sesgamente su venerable rostro y barbas le bañaron. Juntó Isabela su rostro con el de su madre, y volviendo los ojos á su padre, de tal manera le miró, que le dió á entender el gusto y el descontento que de verlos allí su alma tenia.

La reina admirada de tal suceso, dijo á Ricaredo: yo pienso, Ricaredo, que con vuestra discrecion se han ordenado estas vistas, y no sé si diga que han sido acertadas, pues sabemos que así suele matar una súbita alegría como mata una tristeza:, y diciendo esto, se volvió á Isabela y la apartó de su madre, la cual habiéndole rociado el rostro, volvió en sí, y estando ya un poco mas en su acuerdo, puesta de rodillas delante de la reina, le dijo: perdone vuestra magestad mi atrevimiento, que no es mucho perder los sentidos con la alegría del hallazgo de esta amada prenda. Respondióle la reina, que tenia razon, sirviéndole de intérprete para que lo entendiese, Isabela; la cual de la manera que se ha contado conoció á sus padres, y sus padres á ella, á los cuales mandó la reina quedar en palacio, para que despacio pudiesen ver y hablar á su hija y regocijarse con ella: de lo cual Ricaredo se holgó mucho, y de nuevo pidió á la reina le cumpliese la palabra que le habia dado de dársela, si es que acaso la merecia; y de no merecerla, le suplicaba le mandase ocupar en cosas que le hiciesen digno de alcanzar lo que tanto deseaba.

Bien entendió la reina que estaba Ricaredo satisfecho de

sí mismo y de su mucho valor, y que no habia necesidad de nuevas pruebas para calificarle; y así le dijo que de allí á cuatro dias le entregaria á su querida Isabela, haciendo á los dos la honra que á ella fuese posible. Con esto se despidió Ricaredo contentísimo con la esperanza propincua que llevaba de tener en su poder á Isabela, sin sobresalto de perderla, que es el último deseo de los amantes. Corrió el tiempo, y no con la ligereza que él quisiera: que los que viven con esperanzas de promesas venideras, siempre imaginan que no vuela el tiempo, sino que anda sobre los pies de la pereza misma; pero en fin llegó el dia, no donde pensó Ricaredo poner fin á sus deseos, sino de hallar en Isabela gracias nuevas que le moviesen á quererla mas, si mas pudiese. Mas en aquel breve tiempo, donde él pensaba que la nave de su buena fortuna corria con próspero viento hácia el deseado puerto, la contraria suerte levantó en su mal tal tormenta, que mil veces temió anegarse.

Es pues el caso, que la camarera mayor de la reina, á cuyo cargo estaba Isabela, tenia un hijo de edad de veinte y dos años llamado el conde Arnesto. Hacíanle la grandeza de su estado, la alteza de su sangre, el mucho favor que su madre con la reina tenia; hacíanle, digo, estas cosas mas de lo justo arrogante, altivo y confiado. Este Arnesto pues se enamoró de Isabela, tan encendidamente, que en la luz de los ojos de Isabela tenia abrasada el alma; y aunque en el tiempo que Ricaredo habia estado ausente, con algunas señales le habia descubierto su deseo, nunca de Isabela fué admitido: y puesto que la repugnancia y los desdenes en los principios de los amores suelen hacer desistir de la empresa á los enamorados, en Arnesto obraron lo contrario los muchos y conocidos desdenes que le hizo Isabela, porque con sus celos ardia, y con su honestidad se abrasaba: y como vió que Ricaredo, segun el parecer de la reina, tenia merecida á Isabela, y que en tan poco tiempo se la habia de entregar por muger, quiso desesperarse; pero ántes que llegase á tan infame y tan cobarde remedio, habló á su madre, diciéndole que pidiese á la reina le diese á Isabela por esposa; donde no, que pensase

que la muerte estaba llamando á las puertas de su vida.

Quedó la camarera admirada de las razones de su hijo, y como conocia la aspereza de su arrojada condicion, y la tenacidad con que se le pegaban los deseos en el alma, temió que sus amores habian de parar en algun infeliz suceso. Con todo eso, como madre á quien es natural desear y procurar el bien de sus hijos, prometió al suyo de hablar á la reina, no con esperanza de alcanzar de ella el imposible de romper su palabra, sino por no dejar de intentar cómo no salir desahuciada de los últimos remedios. Y estando aquella mañana Isabela vestida por órden de la reina tan ricamente, que no se atreve la pluma á contarlo, y habiéndole echado la misma reina al cuello una sarta de perlas de las mejores que traía la nave, que las apreciaron en veinte mil ducados, y puéstole un anillo de un diamante que se apreció en seis mil escudos, y estando alborozadas las damas por la fiesta que esperaban del cercano desposorio, entró la camarera mayor á la reina, y de rodillas le suplicó suspendiese el desposorio de Isabela por otros dos dias, que con esta merced sola que su magestad le hiciese, se tendria por satisfecha y pagada de todas las mercedes que por sus servicios merecia y esperaba.

Quiso saber la reina primero por qué le pedia con tanto ahinco aquella suspension, que tan derechamente iba contra la palabra que tenia dada á Ricaredo; pero no se la quiso dar la camarera hasta que le hubo otorgado que haria lo que le pedia: tanto deseo tenia la reina de saber la causa de aquella demanda. Y así despues que la camarera alcanzó lo que por entónces deseaba, contó á la reina los amores de su hijo, y como temia que si no le daban por muger á Isabela, ó se habia de desesperar, ó hacer algun hecho escandaloso, y que si habia pedido aquellos dos dias, era por dar lugar á que su magestad pensase qué medio sería á propósito y conveniente para dar á su hijo remedio. La reina respondió que si su real palabra no estuviera de por medio, que ella hallára salida á tan cerrado laberinto; pero que no la quebrantaria ni defraudaria las esperanzas de Ricaredo por todo el interes del mundo.

Esta respuesta dió la camarera á su hijo, el cual sin detenerse un punto, ardiendo en amor y en zelos, se armó de todas armas, y sobre un fuerte y hermoso caballo se presentó ante la casa de Clotaldo, y á grandes voces pidió que se asomase Ricaredo á la ventana, el cual á aquella sazon estaba vestido de galas de desposado, y á punto para ir á palacio con el acompañamiento que tal acto requeria; mas habiendo oido las voces, y siéndole dicho quién las daba, y del modo que venia, con algun sobresalto se asomó á una ventana, y como le vió Arnesto, dijo: Ricaredo, estáme atento á lo que decirte quiero: la reina mi señora te mandó fueses á servirla, y á hacer hazañas que te hiciesen merecedor de la sin par Isabela: tú fuiste, y volviste cargadas las naves de oro, con el cual piensas haber comprado y merecido á Isabela; y aunque la reina mi señora te la ha prometido, ha sido creyendo que no hay ninguno en su corte que mejor que tú la sirva, ni quien con mejor título merezca á Isabela, y en esto bien podrá ser se haya engañado: y así llegándome á esta opinion que yo tengo por verdad averiguada, digo que ni tú has hecho cosas tales que te hagan merecer á Isabela, ni ninguna podrás hacer que á tanto bien te levante; y en razon de que no la mereces, si quieres contradecirme, te desafio á todo trance de muerte.

Calló el conde, y le respondió Ricaredo: en ninguna manera me toca salir á vuestro desafio, señor conde, porque yo confieso no solo que no merezco á Isabela, sino que no la merece ninguno de los que hoy viven en el mundo: así que confesando yo lo que vos decís, otra vez digo que no me toca vuestro desafio; pero le acepto por el atrevimiento que habeis tenido en desafiarme. Con esto se quitó de la ventana, y pidió aprisa sus armas. Alborotáronse sus parientes, y todos aquellos que para ir á palacio habian venido á acompañarle. De la mucha gente que habia visto al conde Arnesto armado y le habia oido las voces del desafio, no faltó quien lo fué á contar á la reina, la cual mandó al capitan de su guardia que fuese á prender al conde. El capitan se dió tanta priesa, que llegó á tiempo que ya Ricaredo salia de su casa, armado

con las ricas armas con que se habia desembarcado, y puesto sobre un hermoso caballo. Cuando el conde vió al capitan, luego imaginó á lo que venia, y determinó de no dejarse prender, y alzando la voz contra Ricaredo, le dijo: ya ves, Ricaredo, el impedimento que nos viene; si tuvieres gana de castigarme, tú me buscarás; y por la que yo tengo de castigarte, tambien te buscaré; y pues dos que se buscan, fácilmente se hallan, dejemos para entonces la ejecucion de nuestros deseos. Soy contento, respondió Ricaredo. En esto llegó el capitan con toda su guardia, y dijo al conde que fuese preso en nombre de su magestad. Respondió el conde que se daba; pero no para que le llevasen á otra parte que á la presencia de la reina. Contentóse con esto el capitan, y cogiéndole en medio de la guardia, le llevó á palacio ante la reina, la cual ya de su camarera estaba informada del amor grande que su hijo tenia á Isabela, y con lágrimas habia suplicado á la reina perdonase al conde, que como mozo y enamorado á mayores yerros estaba sujeto. Llegó Arnesto ante la reina, la cual sin entrar con él en razones, le mandó quitar la espada, y que le llevasen preso á una torre. Todas estas cosas atormentaban el corazon de Isabela, y de sus padres, que tan presto veían turbado el mar de su sosiego. Aconsejó la camarera á la reina, que para sosegar el mal que podia suceder entre su parentela y la de Ricaredo, que se quitase la causa de por medio, que era Isabela, enviándola á España, y así cesarian los efectos que debian de temerse: añadiendo á estas razones decir que Isabela era católica, y tan cristiana, que ninguna de sus persuasiones, que habian sido muchas, la habian podido torcer en nada de su católico intento. A lo cual respondió la reina que por eso la estimaba en mas, pues tan bien sabia guardar la ley que sus padres la habian enseñado; y que en lo de enviarla á España no tratase, porque su hermosa presencia, y sus muchas gracias y virtudes le daban mucho gusto; y que sin duda, si no aquel dia, otro se la habia de dar por esposa á Ricaredo, como se lo tenia prometido.

Con esta resolucion de la reina quedó la camarera tan

desconsolada, que no le replicó palabra, y pareciéndole lo que ya le habia parecido, que si no era quitando á Isabela de por medio, no habia de haber remedio alguno que la rigurosa condicion de su hijo ablandase ni redujese á tener paz con Ricaredo, determinó de hacer una de las mayores crueldades que pudo caber jamas en pensamiento de muger principal, y tanto como ella lo era; y fué su determinacion matar con tósigo á Isabela: y como por la mayor parte sea la condicion de las mugeres ser prestas y determinadas, aquella misma tarde atosigó á Isabela en una conserva que le dió, forzándola á que la tomase por ser buena contra las ansias de corazon que sentia. Poco espacio pasó despues de haberla tomado, cuando á Isabela se le comenzó á hinchar la lengua y la garganta, y á ponérsele denegridos los labios, y á enronquecérsele la voz, turbársele los ojos, y apretársele el pecho: todas conocidas señales de haberle dado veneno. Acudieron las damas á la reina, contándole lo que pasaba, y certificándole que la camarera habia hecho aquel mal recaudo.

No fué menester mucho para que la reina lo creyese; y así fué á ver á Isabela que ya casi estaba espirando. Mandó llamar la reina con priesa á sus médicos, y en tanto que tardaban la hizo dar cantidad de polvos de unicornio, con otros muchos antídotos que los grandes príncipes suelen tener prevenidos para semejantes necesidades. Vinieron los médicos, y esforzaron los remedios, y pidieron á la reina hiciese decir á la camarera qué género de veneno le habia dado; porque no se dudaba que otra persona alguna sino ella la hubiese envenenado. Ella lo descubrió, y con esta noticia los médicos aplicaron tantos remedios y tan eficaces, que con ellos y el ayuda de Dios quedó Isabela con vida, ó á lo ménos con esperanza de tenerla.

Mandó la reina prender á su camarera, y encerrarla en un aposento estrecho de palacio con intencion de castigarla como su delito merecia: puesto que ella se disculpaba diciendo, que en matar á Isabela hacia sacrificio al cielo, quitando de la tierra á una católica, y con ella la ocasion de las pen-

dencias de su hijo. Estas tristes nuevas oidas de Ricaredo, le pusieron en términos de perder el juicio: tales eran las cosas que hacia, y las lastimeras razones con que se quejaba. Finalmente Isabela no perdió la vida, que el quedar con ella, la naturaleza lo conmutó en dejarla sin cejas, pestañas, y sin cabello, el rostro hinchado, la tez perdida, los cueros levantados, y los ojos lagrimosos. Quedó tan fea, que como hasta allí habia parecido un milagro de hermosura, entonces parecia un monstruo de fealdad. Por mayor desgracia tenian los que la conocian, haber quedado de aquella manera, que si la hubiera muerto el veneno. Con todo esto Ricaredo se la pidió á la reina, y la suplicó se la dejase llevar á su casa, porque el grande amor que la tenia pasaba del cuerpo al alma, y que si Isabela habia perdido su belleza no podia haber perdido sus infinitas virtudes. Así es, dijo la reina, lleváosla, Ricaredo, y haced cuenta que llevais una riquísima joya encerrada en una caja de madera tosca: Dios sabe si quisiera dárosla como me la entregaste; pero pues no es posible, perdonadme, quizá el castigo que diera á la cometedora del delito, satisfará en algo el deseo de la venganza.

Muchas cosas dijo Ricaredo á la reina disculpando á la camarera, y suplicándola la perdonase, pues las disculpas que daba eran bastantes para perdonar mayores insultos. Finalmente le entregaron á Isabela y á sus padres, y Ricaredo los llevó á su casa, digo á la de sus padres: y á las ricas perlas y al diamante añadió otras joyas la reina y otros vestidos tales que descubrieron el mucho amor que á Isabela tenia, la cual duró dos meses en su fealdad, sin dar indicio alguno de poder reducirse á su primera hermosura; pero al cabo de este tiempo comenzó á caérsele el cuero, y á descubrirse su hermosa tez. En este tiempo los padres de Ricaredo, pareciéndoles no ser posible que Isabela en sí volviese, determinaron de enviar por la doncella escocesa con quien primero que con Isabela tenian concertado de casar á Ricaredo, y esto sin que él lo supiese, no dudando que la hermosura presente de la nueva esposa hiciese olvidar á su hijo la ya pasada de Isabela: á la cual pensaban enviar á España con sus padres,

dándoles tanto haber y riquezas, que recompensasen sus pasadas pérdidas.

No pasó mes y medio, cuando sin sabiduría de Ricaredo la nueva esposa se le entró por las puertas acompañada como quien ella era, y tan hermosa, que despues de la Isabela, que solia ser, no habia otra tan bella en todo Londres. Sobresaltóse Ricaredo con la improvisa vista de la doncella, y temió que el sobresalto de su venida habia de acabar la vida á Isabela, y así para templar este temor se fué al lecho donde Isabela estaba, y hallóla con sus padres, delante de los cuales dijo: Isabela de mi alma, mis padres, con el entrañable amor que me tienen, aun no bien enterados del mucho que yo te tengo, han traido á casa una doncella escocesa, con quien ellos tenian concertado de casarme antes que yo conociese lo que vales; y esto, á lo que creo, con intencion que la mucha belleza de esta doncella borre de mi alma la tuya, que en ella estampada tengo. Yo, Isabela, desde el punto que te quise, fué con otro amor de aquel que tiene su fin y paradero en el cumplimiento del sensual apetito, que puesto que tu corporal hermosura me cautivó los sentidos, tus infinitas virtudes me aprisionaron el alma de manera, que si hermosa te quise, fea te adoro; y para confirmar esta verdad, dame esa mano (y dándole ella la derecha, y asiéndola él con la suya) prosiguió diciendo: por la fé católica que mis cristianos padres me enseñaron, la cual si no está en la entereza que se requiere, por aquella juro que guarda el pontífice romano, que es la que yo en mi corazon confieso, creo y tengo; y por el verdadero Dios que nos está oyendo, te prometo ¡oh Isabela, mitad de mi alma! de ser tu esposo, y lo soy desde luego, si tú quieres levantarme á la alteza de ser tuyo.

Quedó suspensa Isabela con las razones de Ricaredo: y sus padres atónitos y pasmados. Ella no supo qué decir, ni hacer otra cosa que besar muchas veces la mano de Ricaredo, y decirle con voz mezclada con lágrimas, que ella le aceptaba por suyo, y se entregaba por su esclava. Besóla Ricaredo en el rostro feo, no habiendo tenido jamas atrevimiento de llegarse á él cuando hermoso: los padres de Isabela solem-

nizaron con tiernas lágrimas las fiestas del desposorio: Ricaredo les dijo que él dilataria el casamiento de la escocesa, que ya estaba en casa, del modo que despues verian, y cuando su padre los quisiese enviar á España á todos tres, no lo rehusasen, sino que se fuesen, y le aguardasen en Cádiz ó en Sevilla dos años, dentro de los cuales les daba su palabra de ser con ellos, si el cielo tanto tiempo le concedia de vida; y que si de este término pasase, tuviesen por cosa certísima que algun gran impedimento, ó la muerte, que era lo mas cierto, se habia opuesto á su camino. Isabela respondió que no solos dos años le aguardaria, sino todos aquellos de su vida hasta estar enterada que él no la tenia; porque en el punto que esto supiese, seria el mismo de su muerte. Con estas tiernas palabras se renovaron las lágrimas en todos, y Ricaredo salió á decir á sus padres como en ninguna manera se casaria, ni daria la mano á su esposa la escocesa, sin haber primero ido á Roma á asegurar su conciencia. Tales razones supo decir á ellos y á los parientes que habian venido con Clisterna (que así se llamaba la escocesa), que como todos eran católicos, fácilmente las creyeron; y Clisterna se contentó de quedar en casa de su suegro hasta que Ricaredo volviese, el cual pidió de término un año. Esto así puesto y concertado, Clotaldo dijo á Ricaredo como determinaba enviar á España á Isabela y á sus padres, si la reina le daba licencia: quizá los aires de la patria apresurarian y facilitarian la salud que ya comenzaba á tener. Ricaredo por no dar indicio de sus designios, respondió tibiamente á su padre que hiciese lo que mejor le pareciese; solo le suplicó que no quitase á Isabela ninguna cosa de las riquezas que la reina le habia dado: prometióselo Clotaldo, y aquel mismo dia fué á pedir licencia á la reina, así para casar á su hijo con Clisterna, como para enviar á Isabela y sus padres á España. De todo se contentó la reina, y tuvo por acertada la determinacion de Clotaldo: y aquel mismo dia, sin acuerdo de letrados, y sin poner á su camarera en tela de juicio, la condenó en que no sirviese mas su oficio, y diez mil escudos de oro para Isabela; y al conde Arnesto por el desafio le desterró por seis años de Inglaterra.

No pasaron cuatro dias, cuando ya Arnesto se puso á punto de salir á cumplir su destierro, y los dineros estuvieron juntos. La reina llamó á un mercader rico que habitaba en Londres, y era frances, el cual tenia correspondencia en Francia, Italia y España, al cual entregó los diez mil escudos, y le pidió cédulas para que se los entregasen al padre de Isabela en Sevilla, ó en otra plaza de España. El mercader, descontados sus intereses y ganancias, dijo á la reina que las daria ciertas y seguras para Sevilla sobre otro mercader frances su correspondiente, en esta forma: que él escribiria á París para que allí se hiciesen las cédulas por otro correspondiente suyo, á causa que rezasen las fechas de Francia, y no de Inglaterra, por el contrabando de la comunicacion de los dos reinos, y que bastaba llevar una letra de aviso suya sin fecha con sus contraseñas, para que luego diese el dinero el mercader de Sevilla, que ya estaria avisado del de París.

En resolucion, la reina tomó tales seguridades del mercader, que no dudó de ser cierta la paga: y no contenta con esto, mandó llamar al patron de una nave flamenca que estaba para partirse á Francia á solo tomar en algun puerto de ella testimonio para poder entrar en España á título de partir de Francia y no de Inglaterra, al cual pidió encarecidamente llevase en su nave á Isabela y á sus padres, y con toda seguridad y buen tratamiento los pusiese en un puerto de España, el primero adonde llegase. El patron que deseaba contentar á la reina, dijo que sí haria, y que los pondria en Lisboa, Cádiz ó Sevilla. Tomados pues los recaudos del mercader, envió la reina á decir á Clotaldo no quitase á Isabela nada de lo que ella la habia dado, así de joyas como de vestidos.

Otro dia vinieron Isabela y sus padres á despedirse de la reina, que los recibió con mucho amor. Dióles la reina la carta del mercader, y otras muchas dádivas, así de dineros como de otras cosas de regalo para el viaje. Con tales razones se lo agradeció Isabela, que de nuevo dejó obligada á la reina para hacerle siempre mercedes: despidióse de las damas, las cuales como ya estaba fea, no quisieran que se partiera, viéndose libres de la envidia que á su hermosura tenian, y contentas

de gozar de sus gracias y discreciones. Abrazó la reina á los tres, y encomendándolos á la buena ventura y al patron de la nave, y pidiendo á Isabela la avisase de su llegada á España, y siempre de su salud por la via del mercader frances, se despidió de Isabela y de sus padres, los cuales aquella misma tarde se embarcaron no sin lágrimas de Clotaldo y de su muger, y de todos los de su casa, de quien era en todo extremo bien querida. No se halló en esta despedida presente Ricaredo, que por no dar muestras de tiernos sentimientos, aquel dia hizo con unos amigos suyos le llevasen á caza.

Los regalos que la señora Catalina dió á Isabela para el viage fueron muchos, los abrazos infinitos, las lágrimas en abundancia, las encomiendas de que la escribiese sin número, y los agradecimientos de Isabela y de sus padres correspondieron á todo; de suerte que aunque llorando, los dejaron satisfechos. Aquella noche se hizo el bajel á la vela, y habiendo con próspero viento tocado en Francia, y tomado en ella los recaudos necesarios para entrar en España, de allí á treinta dias entró por la barra de Cádiz, donde desembarcaron Isabela y sus padres; y siendo conocidos de todos los de la ciudad, los recibieron con muestras de mucho contento. Recibieron mil parabienes del hallazgo de Isabela, y de la libertad que habian alcanzado así de los moros que los habian cautivado, habiendo sabido todo su suceso de los cautivos que dió libertad la liberalidad de Ricaredo, como de la que habian alcanzado de los ingleses. Ya Isabela en este tiempo comenzaba á dar grandes esperanzas de volver á cobrar su primera hermosura.

Poco mas de un mes estuvieron en Cádiz restaurando los trabajos de la navegacion, y luego se fueron á Sevilla por ver si salia cierta la paga de los diez mil escudos que librados sobre el mercader frances traían. Dos dias despues de llegar á Sevilla le buscaron, y le hallaron, y le dieron la carta del mercader frances de la ciudad de Londres: él la reconoció, y dijo que hasta que de París le viniesen las letras y carta de aviso, no podia dar el dinero; pero que por momentos aguardaba el aviso. Los padres de Isabela alquilaron una casa

grande y principal frontero de Santa Paula, por ocasion que estaba monja en aquel santo monasterio una sobrina suya, única y extremada en el arte de la música; y así por tenerla cerca, como por haber dicho Isabela á Ricaredo que si viniese á buscarla la hallaria en Sevilla, y le diria su casa su prima la monja de Santa Paula, y que para conocerla no habia menester mas de preguntar por la monja que tenia la mejor voz en el monasterio, porque estas señas no se le podian olvidar.

Otros cuarenta dias tardaron de venir los avisos de París, y á dos que llegaron, el mercader frances entregó los diez mil escudos á Isabela, y ella á sus padres, y con ellos, y con algunos mas que hicieron vendiendo algunas de las muchas joyas de Isabela, volvió su padre á ejercitar su oficio de mercader no sin admiracion de los que sabian sus grandes pérdidas. En fin en pocos meses fué restaurando su perdido crédito, y la belleza de Isabela volvió á su ser primero, de tal manera que en hablando de hermosas, todas daban el lauro á la española inglesa, que tanto por este nombre como por su hermosura era de toda la ciudad conocida. Por la órden del mercader frances de Sevilla escribieron Isabela y sus padres á la reina de Inglaterra su llegada, con los agradecimientos y sumisiones que requerian las muchas mercedes de ella recibidas: asímismo escribieron á Clotaldo y á su señora Catalina, llamándolos Isabela padres, y sus padres señores.

De la reina no tuvieron respuesta, pero de Clotaldo y de su muger sí, donde les daban el parabien de la llegada á salvo, y los avisaban como su hijo Ricaredo otro dia despues que ellos se hicieron á la vela se habia partido á Francia, y de allí á otras partes, donde le convenia ir para seguridad de su conciencia: añadiendo á estas otras razones y cosas de mucho amor y de muchos ofrecimientos. A la cual carta respondieron con otra no menos cortés y amorosa que agradecida. Luego imaginó Isabela que el haber dejado Ricaredo á Inglaterra, sería para venirla á buscar á España, y alentada con esta esperanza, vivia la

mas contenta del mundo, y procuraba vivir de manera que cuando Ricaredo llegase á Sevilla, ántes le diese en los oidos la fama de sus virtudes, que el conocimiento de su casa.

Pocas ó ninguna vez salia de su casa sino para el monasterio: no ganaba otros jubileos que aquellos que en el monasterio se ganaban. Desde su casa y desde su oratorio andaba con el pensamiento los viernes de cuaresma la santísima estacion de la cruz, y los siete venideros del Espíritu Santo. Jamas visitó el rio, ni pasó á Triana, ni vió el comun regocijo en el campo de Tablada y puerta de Xeréz el dia (si le hace claro) de San Sebastian, celebrado de tanta gente que apénas se puede reducir á número: finalmente no vió regocijo público, ni otra fiesta en Sevilla: todo lo libraba en su recogimiento y en sus oraciones esperando á Ricaredo. Este su grande retraimiento tenia abrasados y encendidos los deseos, no solo de los pisaverdes del barrio, sino de todos aquellos que una vez la hubiesen visto: de aquí nacieron músicas de noche en su calle, y carreras de dia.

De este no dejar verse y desearlo muchos, crecieron las alhajas de las terceras, que prometieron mostrarse primas y únicas en solicitar á Isabela, y no faltó quien se quiso aprovechar de lo que llaman hechizos, que no son sino embustes y disparates; pero á todo esto estaba Isabela como roca en mitad de la mar, que la tocan, pero no la mueven las olas ni los vientos. Año y medio era ya pasado, cuando la esperanza propincua de los dos años por Ricaredo prometidos comenzó con mas ahinco que hasta allí á fatigar el corazon de Isabela; y cuando ya le parecia que su esposo llegaba, y que le tenia ante los ojos, y le preguntaba qué impedimentos le habian detenido tanto; cuando ya llegaban á sus oidos las disculpas de su esposo; y cuando ya ella le perdonaba y le abrazaba, y como á mitad de su alma le recibia; llegó á sus manos una carta de la señora Catalina, fecha en Londres cincuenta dias habia: venia en lengua inglesa; pero leyéndola en español, vió que asi decia.

«Hija de mi alma, bien conociste á Guillarte el page de

»Ricaredo: éste se fué con él al viage, que por otra te avisé »que Ricaredo á Francia y á otras partes habia hecho el se»gundo dia de tu partida; pues este mismo Guillarte á cabo »de diez y seis meses que no habíamos sabido de mi hijo, »entró ayer por nuestra puerta con nuevas que el conde Ar»nesto habia muerto á traicion en Francia á Ricaredo. Con»sidera, hija, cuál quedaríamos su padre y yo, y su esposa »con tales nuevas: tales digo, que aun no nos dejaron poner »en duda nuestra desventura. Lo que Clotaldo y yo te ro»gamos otra vez, hija de mi alma, es que encomiendes muy »de veras á Dios la de Ricaredo, que bien merece este benefi»cio el que tanto te quiso como tú sabes: tambien pedirás á »nuestro Señor nos dé á nosotros paciencia y buena muerte, »á quien nosotros tambien pediremos y suplicaremos te dé á »tí y á tus padres largos años de vida."

Por la letra y por la firma no le quedó que dudar á Isabela para no creer la muerte de su esposo: conocia muy bien al page Guillarte, y sabia que era verdadero, y que de suyo no habria querido ni tenia para qué fingir aquella muerte, ni ménos su madre la señora Catalina la habria fingido, por no importarle nada enviarle nuevas de tanta tristeza, y para ella de tanto pesar: finalmente, ningun discurso que hizo, ninguna cosa que imaginó, le pudo quitar del pensamiento no ser verdadera la nueva de su desventura. Acabada de leer la carta, sin derramar lágrimas, ni dar señales de doloroso sentimiento, con sesgo rostro, y al parecer con sosegado pecho, se levantó de un estrado donde estaba sentada, y se entró en un oratorio, y hincándose de rodillas ante la imágen de un devoto crucifijo, hizo voto de ser monja, pues lo podia ser teniéndose por viuda. Sus padres disimularon y encubrieron con discrecion la pena que les habia dado aquella triste nueva, por poder consolar á Isabela en la amarga que sentia: la cual casi como satisfecha de su dolor, templándole con la santa y cristiana resolucion que habia tomado, ella consolaba á sus padres, á los cuales descubrió su intento, y ellos la aconsejaron que no le pusiese en ejecucion hasta que pasasen los dos años que Ricaredo ha-

bia puesto por término á su venida, que con esto se confirmaria la verdad de la muerte de Ricaredo, y ella con mas seguridad podria mudar de estado. Así lo hizo Isabela, y los seis meses y medio que quedaban para cumplirse los dos años, los pasó en ejercicios de religiosa, y en concertar la entrada del monasterio, habiendo elegido el de Santa Paula, donde estaba su prima.

Pasóse el término de los dos años, y llegóse el dia de tomar el hábito, cuya nueva se extendió por la ciudad, y de los que conocian de vista á Isabela, y de aquellos que por sola su fama, se llenó el monasterio y la poca distancia que de él á la casa de Isabela habia; y convidando su padre á sus amigos, y aquellos á otros, hicieron á Isabela uno de los mas honrados acompañamientos que en semejantes actos se habia visto en Sevilla. Hallóse en él el asistente, y el provisor de la iglesia, y vicario del arzobispo, con todas las señoras y señores de título que habia en la ciudad: tal era el deseo que en todos habia de ver el sol de la hermosura de Isabela, que tantos meses se les habia eclipsado: y como es costumbre de las doncellas que van á tomar el hábito, ir lo posible galanas y bien compuestas, como quien en aquel punto echa el resto de la bizarría y se descarta de ella; quiso Isabela ponerse lo mas bizarra que le fue posible, y así se vistió con aquel vestido mismo que llevó cuando fué á ver á la reina de Inglaterra, que ya se ha dicho cuán rico y cuán vistoso era: salieron á luz las perlas, y el famoso diamante, con el collar y cintura que asímismo era de mucho valor.

Con este adorno y con su gallardía, dando ocasion para que todos alabasen á Dios en ella, salió Isabela de su casa á pie, que el estar tan cerca el monasterio excusó los coches y carrozas: el concurso de la gente fué tanto, que les pesó de no haber entrado en los coches, porque no les daban lugar de llegar al monasterio. Unos bendecian á sus padres, otros al cielo que de tanta hermosura la habia dotado; unos se empinaban por verla, otros habiéndola visto una vez, corrian adelante por verla otra; y el que mas so-

lícito se mostró en esto, y tanto que muchos lo echaron de ver, fué un hombre vestido en hábito de los que vienen rescatados de cautivos, con una insignia de la Trinidad en el pecho en señal que han sido rescatados por la limosna de sus redentores. Este cautivo pues al tiempo que ya Isabela tenia un pie dentro de la portería del convento, donde habian salido á recibirla como es uso la priora y las monjas con la cruz, á grandes voces dijo: detente Isabela, detente, que mientras yo fuere vivo no puedes tú ser religiosa. A estas voces Isabela y sus padres volvieron los ojos, y vieron que hendiendo por toda la gente hácia ellos venia aquel cautivo, que habiéndosele caido un bonete azul que en la cabeza traía, descubrió una confusa madeja de cabellos de oro ensortijados, y un rostro como el carmin y como la nieve colorado y blanco, señales que luego le hicieron conocer y juzgar por extrangero de todos.

En efecto, cayendo y levantando llegó donde Isabela estaba, y asiéndola de la mano le dijo: ¿conóceesme, Isabela? mira que yo soy Ricaredo tu esposo. Sí conozco, dijo Isabela, si ya no éres fantasma que viene á turbar mi reposo. Sus padres le asieron, y atentamente le miraron, y en resolucion conocieron ser Ricaredo aquel cautivo: el cual con lágrimas en los ojos, hincando las rodillas delante de Isabela, le suplicó que no impidiese la extrañeza del trage en que estaba su buen conocimiento, ni estorbase su baja fortuna que ella no correspondiese á la palabra que entre los dos se habian dado. Isabela á pesar de la impresion que en su memoria habia hecho la carta de la madre de Ricaredo, dándole nuevas de su muerte, quiso dar mas crédito á sus ojos, y á la verdad que presente tenia; y así abrazándose con el cautivo, le dijo: vos sin duda, señor mio, sois el que solo podria impedir mi cristiana determinacion: vos, señor, sois sin duda la mitad de mi alma pues sois mi verdadero esposo: estampado os tengo en mi memoria, y guardado en mi alma: las nuevas que de vuestra muerte me escribió mi señora y vuestra madre, ya que no me quitaron la vida, me hicieron escoger la de la religion, que en este punto queria entrar á

vivir en ella; mas pues Dios con tan justo impedimento muestra querer otra cosa, ni podemos ni conviene que por mi parte se impida: venid, señor, á la casa de mis padres que es vuestra, y allí os entregaré mi posesion por los términos que pide nuestra santa fé catolica.

Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el asistente y vicario y provisor del arzobispo, y de oirlas todos se admiraron y suspendieron, y quisieron que luego se les dijese qué historia era aquella, qué extrangero aquel, y de qué casamiento trataban. A todo lo cual respondió el padre de Isabela, diciendo que aquella historia pedia otro lugar, y algun término para decirse; y así suplicaba á todos aquellos que quisiesen saberla, diesen la vuelta á su casa, pues estaba tan cerca, que allí se la contarian de modo que con la verdad quedasen satisfechos, y con la grandeza y extrañeza de aquel suceso admirados.

En esto uno de los presentes alzó la voz, diciendo: señores, este mancebo es un gran cosario ingles, que yo le conozco, y es aquel que habrá poco mas de dos años tomó á los cosarios de Argel la nave de Portugal que venia de las Indias: no hay duda sino que es él, que yo le conozco; porque él me dió libertad y dineros para venirme á España, y no solo á mí, sino á otros trescientos cautivos. Con estas razones se alborotó la gente, y se avivó el deseo que todos tenian de saber y ver la claridad de tan intrincadas cosas. Finalmente la gente mas principal con el asistente y aquellos dos señores eclesiásticos volvieron á acompañar á Isabela á su casa, dejando á las monjas tristes, confusas, y llorando por lo que perdian en no tener en su compañía á la hermosa Isabela: la cual estando en su casa, en una gran sala de ella hizo que aquellos señores se sentasen; y aunque Ricaredo quiso tomar la mano en contar su historia, todavía le pareció que era mejor fiarlo de la lengua y discrecion de Isabela, y no de la suya, que no muy expertamente hablaba la lengua castellana.

Callaron todos los presentes, y teniendo las almas pendientes de las razones de Isabela, ella así comenzó su cuento: el cual le reduzgo yo á que dijo todo aquello que desde el

dia que Clotaldo la robó de Cádiz hasta que entró y volvió á él, la habia sucedido, contando asímismo la batalla que Ricaredo habia tenido con los turcos; la liberalidad que habia usado con los cristianos; la palabra que entrámbos á dos se habian dado de ser marido y muger; la promesa de los dos años; y las nuevas que habia tenido de su muerte, tan ciertas á su parecer, que le pusieron en el término que habian visto de ser religiosa; engrandeció la liberalidad de la reina, la cristiandad de Ricaredo y de sus padres; y acabó con decir que dijese Ricaredo lo que le habia sucedido despues que salió de Londres hasta el punto presente, donde le veían con hábito de cautivo, y con una señal de haber sido rescatado por limosna. Así es, dijo Ricaredo; y en breves razones sumaré los inmensos trabajos mios.

Despues que me partí de Londres, por excusar el casamiento que no podia hacer con Clisterna, aquella doncella escocesa católica con quien ha dicho Isabela que mis padres me querian casar, llevando en mi compañía á Guillarte, aquel page que mi madre escribe que llevó á Londres las nuevas de mi muerte, atravesando por Francia llegué á Roma, donde se alegró mi alma y se fortaleció mi fe: besé los pies al sumo pontífice, confesé mis pecados con el mayor penitenciero, absolvióme de ellos, y dióme los recaudos necesarios que diesen fe de mi confesion y penitencia, y de la reduccion que habia hecho á nuestra madre la Iglesia. Hecho esto visité los lugares tan santos como innumerables que hay en aquella ciudad santa, y de dos mil escudos que tenia en oro, di los mil y seiscientos á un cambio, que me los libró en esta ciudad sobre un tal Roqui, florentin: con los cuatrocientos que me quedaron, con intencion de venir á España me partí para Génova, donde habia tenido nuevas que estaban dos galeras de aquella señoría de partida para España. Llegué con Guillarte mi criado á un lugar que se llama Aquapendente, que viniendo de Roma á Florencia es el último que tiene el papa, y en una hostería ó posada donde me apeé hallé al conde Arnesto, mi mortal enemigo, que con cuatro criados disfrazado y encubierto, mas por ser curioso

que por ser católico, entendí que iba á Roma: creí que no me habia conocido, encerréme en un aposento con mi criado, y estuve con cuidado y con determinacion de mudarme luego á otra posada en cerrando la noche: no lo hice así, porque el descuido grande que noté que tenian el conde y sus criados me aseguró que no me habian conocido: cené en mi aposento, cerré la puerta, apercibí mi espada, encomendéme á Dios, y no quise acostarme. Durmióse mi criado, y yo sobre una silla me quedé medio dormido; mas poco despues de media noche me despertaron para hacerme dormir el eterno sueño cuatro pistoletes que como despues supe dispararon contra mí el conde y sus criados, y dejándome por muerto, teniendo ya á punto los caballos se fueron, diciendo al huésped de la posada que me enterrase, porque era hombre principal. Mi criado, segun dijo despues el huésped, despertó al ruido, y con el miedo se arrojó por una ventana que caía á un patio, y diciendo: ¡desventurado de mí, que han muerto á mi señor! se salió del meson, y debió de ser con tal miedo, que no debió de parar hasta Londres, pues él fué el que llevó las nuevas de mi muerte. Subieron los de la hostería, y halláronme atravesado con cuatro balas, y con muchos perdigones; pero todas por partes que de ninguna fué mortal la herida. Pedí confesion y todos los sacramentos como católico cristiano, diéronmelos, curáronme, y no estuve para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los cuales vine á Génova, donde no hallé otro pasage, sino en dos falucas que fletamos yo y otros dos principales españoles, la una para que fuese delante descubriendo, y la otra donde nosotros fuésemos. Con esta seguridad nos embarcamos, navegando tierra á tierra con intencion de no engolfarnos; pero llegando á un parage que llaman las tres Marías, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera faluca descubriendo, á deshora salieron de una cala dos galeotas turquescas y tomándonos la una la mar, y la otra la tierra, cuando íbamos á embestir en ella nos cortaron el camino, y nos cautivaron: en entrando en la galeota nos desnudaron hasta dejarnos en carnes: despojaron las falucas de cuanto llevaban,

y dejáronlas embestir en tierra sin echarlas á fondo, diciendo que aquellas les servirian otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos á los despojos que de los cristianos toman.

Bien se me podrá creer, si digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja de lata los traía, con la cédula de los mil y seiscientos ducados; mas la buena suerte quiso que viniese á manos de un cristiano cautivo español que la guardó; que si viniera á poder de los turcos, por lo menos habia de dar por mi rescate lo que rezaba la cédula, que ellos averiguarian cuya era. Trujéronnos á Argel, donde hallé que estaban rescatando los padres de la santísima Trinidad: hablélos, díjeles quién era, y movidos de caridad, aunque yo era extrangero, me rescataron en esta forma: que dieron por mí trescientos ducados, los ciento luego, y los docientos cuando volviese el bajel de la limosna á rescatar al padre de la redencion, que se quedaba en Argel empeñado en cuatro mil ducados que habia gastado mas de los que traía; porque á toda esta misericordia y liberalidad se extiende la caridad de estos padres, que dan su libertad por la agena, y se quedan cautivados por rescatar los cautivos. Por añadidura del bien de mi libertad hallé la caja perdida con los recaudos y la cédula: mostrésela al bendito padre que me habia rescatado, y ofrecíle quinientos ducados mas de los de mi rescate para ayuda de su empeño.

Casi un año se tardó en volver la nave de la limosna; y lo que en este año me pasó, á poderlo contar ahora, fuera otra nueva historia: solo diré que fuí conocido de uno de los veinte turcos que dí libertad con los demas cristianos ya referidos, y fué tan agradecido y tan hombre de bien, que no quiso descubrirme; porque á conocerme los turcos por aquel que habia echado á fondo sus dos bajeles, y quitádoles de las manos la gran nave de la India, ó me presentáran al gran turco, ó me quitáran la vida: y de presentarme al gran señor redundára no tener libertad en mi vida. Finalmente el padre redentor vino á España conmigo, y con otros

cincuenta cristianos rescatados. En Valencia hicimos la procesion general, y desde allí cada uno se partió donde mas le plugo, con las insignias de su libertad que son estos hábitos: yo llegué hoy á esta ciudad con tanto deseo de ver á Isabela mi esposa, que sin detenerme á otra cosa, pregunté por este monasterio, donde me habian de dar nuevas de ella: lo que en él me ha sucedido ya se ha visto; lo que queda por ver son estos recaudos, para que se pueda tener por verdadera mi historia, que tiene tanto de milagrosa como de verdadera: y luego en diciendo esto, sacó de una caja de lata los recaudos que decia, y se los puso en las manos al provisor, que los vió junto con el señor asistente, y no halló en ellos cosa que le hiciese dudar de la verdad que Ricaredo habia contado. Y para mas confirmacion de ella ordenó el cielo que se hallase presente á todo esto el mercader florentin sobre quien venia la cédula de los mil y seiscientos ducados, el cual pidió que le mostrasen la cédula, y mostrándosela la reconoció, y la aceptó para luego, porque él muchos meses habia que tenia aviso de esta partida: todo esto fué añadir admiracion á admiracion, y espanto á espanto.

Ricaredo dijo que de nuevo ofrecia los quinientos ducados que habia prometido. Abrazó el asistente á Ricaredo y á los padres de Isabela, y á ella, ofreciéndoseles á todos con corteses razones. Lo mismo hicieron los dos señores eclesiásticos, y rogaron á Isabela que pusiese toda aquella historia por escrito para que la leyese su señor el arzobispo, y ella lo prometió.

El grande silencio que todos los circunstantes habian tenido escuchando el extraño caso, se rompió en dar alabanzas á Dios por sus grandes maravillas, y dando desde el mayor hasta el mas pequeño el parabien á Isabela, á Ricaredo, y á sus padres, los dejaron: y ellos suplicaron al asistente honrase sus bodas, que de allí á ocho dias pensaban hacerlas. Holgó de hacerlo así el asistente, y de allí á ocho dias, acompañado de los mas principales de la ciudad se halló en ellas. Por estos rodeos, y por estas circunstancias los padres de Isabela cobraron su hija, y restauraron su hacien-

da; y ella favorecida del cielo y ayudada de sus muchas virtudes, á despecho de tantos inconvenientes, halló marido tan principal como Ricaredo, en cuya compañía se piensa que aún hoy viven en las casas que alquilaron frontero de Santa Paula, que despues las compraron de los herederos de un hidalgo burgalés, que se llamaba Hernando de Cifuentes. Està novela nos podría enseñar cuánto puede la virtud, y cuánto la hermosura, pues son bastantes juntas, y cada una de por sí á enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras nuestros mayores provechos.

EL CAUTIVO.

En un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho, y así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dijo unas razones se-

8

mejantes á las que ahora diré. Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que há muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo ménos de elegir ejercicio tal que cuando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado, es hacer de mi hacienda cuatro partes, las tres os daré á vosotros á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo, para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo dice: «Iglesia, ó mar, ó casa Real,» como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la Iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los Reyes en sus casas, porque dicen: «mas vale migaja de Rey, que merced de Señor.» Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí por ser el mayor que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo

en él á Dios, y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mesmos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo, el mas discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos habia prometido, y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa, en un mesmo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto, para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil ducados en dineros, y mas tres mil, que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo en fin que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometímoselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa, que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél, ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para

Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los Condes de Eguemon y de Hórnos, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flándes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio V de felice recordacion, habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el Turco, el cual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de Venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por General desta liga el Serenísimo Don Juan de Austria [1], hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me in-

---

1 Fué este Príncipe uno de los notables de su siglo. Cárlos V lo tuvo en una señora alemana de Ratisbona, donde nació el año de 1545. Traido secretamente á España por disposicion de su padre y con conocimiento de Luis Quijada, Señor de Villagarcía de Campos, pasó su niñez en la aldea de Leganés, junto á Madrid, en hábito humilde de labrador, al cuidado de un clérigo que hacia de cura y bajo la enseñanza del sacristan de la parroquia, yendo lo mas del año á pie con los demas muchachos á la escuela de Getafe. Desde allí fué llevado á Villagarcía, donde continuó como hijo de un amigo de Luis Quijada, único sabedor del secreto, y como pago de este se halló en Yuste al tiempo de la muerte del Emperador. Despues de ella, el Rey D. Felipe II hizo venir á D. Juan á su presencia, le descubrió el misterio de su nacimiento y lo envió á estudiar á Alcalá, donde fué discípulo de Ambrosio de Morales. Queria el Rey que su hermano siguiese la carrera de la iglesia; pero la decidida inclinacion que mostró D. Juan á las armas, movió á darle el mando de las galeras, y despues el cargo de pacificar el reino de Granada, donde se habian sublevado los moriscos. Concluida esta empresa, fué nombrado General de la liga cristiana contra los turcos, y ganó la célebre batalla de Lepanto. Conquistó despues á Tunez el año de 1573: y finalmente, habiendo pasado el de 1576 al gobierno de los estados de Flandes, falleció el de 1578 junto á Namur, en la florida edad de 33 años, el mismo dia, dicen algunos, que se cumplian siete de la batalla naval y derrota de la escuadra otomana.—Las frecuentes contradicciones que D. Juan experimentó de parte del Rey su hermano, acibararon el curso de su vida. De resultas de la gloriosa jornada de Lepanto, los griegos oprimidos por los turcos le ofrecieron la corona; pero su hermano mostrando temer los celos de los venecianos, se opuso á que la aceptase. El Papa propuso al Rey Felipe que se fundase un Estado en la

citó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte que el Señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos: y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron, que los que vivos y vencedores quedaron), yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me ví aquella noche que siguió á tan famoso dia, con cadenas á los pies y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchalí, Rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía, y haciendo lo que debia en

---

costa de Africa, y se le diese, con titulo de Rey á su hermano: Felipe se negó á ello. Pretendió D. Juan que se premiasen sus servicios con los honores de Infante de España, y no pudo conseguirlo. Los irlandeses, descontentos del gobierno de la Reina Isabel de Inglaterra, quisieron proclamarlo Rey de su isla; y la corte de España nò lo tuvo por conveniente. Trató D. Juan de casarse con la misma Reina Isabel, y se ofendió el Rey su hermano. Juan de Escovedo, secretario de D. Juan, que promovia con calor en la corte sus negocios y solicitudes, fué asesinado por disposicion del famoso Antonio Perez, y se supuso que habia sido de órden del Rey. Finalmente, el vencedor de Lepanto, murió sin hacer testamento porque no tuvo de que hacerlo; y no faltó quien sospechase que habia muerto de veneno. (*Nota del* SR. CLEMENCIN.)

ocasion semejante, salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos: en fin me rindieron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo General de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Ví y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los levantes y genízaros que en ella venian, tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mesmo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del General que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo, hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido capitan Don Alvaro de Bazan, Marques de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan

mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor Don Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los Turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con los Venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte, que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor Don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo ménos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados Turcos pagados setenta y cinco mil, y de Moros y Alárabes de toda la Africa mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta tenida hasta entónces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los Turcos no la hallaron á dos varas, y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepuja-

ban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar lós nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero, y los que esto dicen, hablan de léjos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apénas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el Cielo hizo á España, en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia, ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Cárlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte, pero fuéronle ganando los Turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian, pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trecientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte, ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de Don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á D. Pedro Puertocarrero, General de la Goleta, el cual hizo cuanto le fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimesmo al General del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de

Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de unos Alárabes, de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo, ó casa que en aquellas riberas tienen los Ginoveses, que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales Alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al General de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que «aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece:» y así se dice que mandó el General ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar del Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo, porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mesmo patron: y ántes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte: y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que ántes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el Cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus camaradas; y todos tres se sonriyeron, y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: ántes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el Cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en trage de Arnaute con un Griego espia, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un año ví yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje. Pues así fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean

dadas á Dios, dijo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues vuesa merced, dijo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia así:

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrástes,
Desde la baja tierra os levantástes
A lo mas alto y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira y en honroso celo,
De los cuerpos la fuerza ejercitástes,
Que en propia y sangre agena colorástes
El mar vecino, y arenoso suelo.
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos, llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal, triste caida,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.

Desa mesma manera le sé yo, dijo el Cautivo. Pués el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos terrones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada.
Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:
Mas no mas justas, de su duro seno,
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento, dijo: rendidos pues la Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y ménos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia ménos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que habia quedado en pie de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban Uchalí Fartax, que quiere decir en lengua turquesca, el renegado tiñoso, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es, porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linages, que decienden de la casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dejó su fe: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser Rey de Argel, y despues á ser General de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los

cuales despues de su muerte se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azán Agá, y llegó á ser muy rico, y á ser Rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura: y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ó casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del almacen, que es como decir, cautivos del Concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es cuando se tarda su rescate, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues era uno de

los de rescate, que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate: y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oir y ver á cada paso las jamas vistas, ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra[1], al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez; y sino fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues que encima del patio de

---

1 El Saavedra, aqui mencionado, es el mismo Miguel de Cervantes, que solo en este lugar habla de sí expresamente, calificándose una y otra vez de *soldado:* El verdadero actor y héroe de esta novela es el Capitan Rui Perez de Biedma, acaso compañero de Cervantes en su cautiverio, y aunque no hubiese otras pruebas de que la historia del Cantivo no es la suya, como algunos han supuesto, bastaria para demostrarlo este pasage comparándolo con el del *Viaje al Parnaso*, en que nuestro autor, al acercarse á la costa de Grecia y divisar el golfo de Lepanto, dice:

Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heróico D. Juan la heróica hazaña,
Donde con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho
Tuve, aunque humilde, parte en la victoria

nuestra prision caían las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban, fué á ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero así como llegó, alzaron la caña, y la movieron á los dos lados, como si dijeran, *no*, con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mesmos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte, y así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis pies dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual ví un nudo, y dentro dél venian diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo, pues fué tanto el contento, como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y ví que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos, ó imaginamos que alguna muger, que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradecíamos, hicimos zalemas á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y

poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mugeres sus mesmos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy léjos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana, donde nos habia parecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna; y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada [1], jamas hubo quien nos dijese otra cosa, sino

---

1 En la comedia de *Los Baños de Argel* (JORNADA I.) introduce Cervantes á un cautivo llamado D. Lope, á quien estando en el baño, se aparece y se inclina una caña y un lienzo atado en ella con diez escudos y un doblon. Otro cautivo llamado Vibanco le dice:

¿Por qué, D. Lope, no acudes
á dar gracias y saludes
á quien hizo esta hazaña?......
LOPE. ¿A quién quieres que las dé,
si en aquella celosia
estrecha nada se vé?
VIB. Pues alguien aquesto envia.
LOPE. Claro está, mas quién, no sé.
Quizá será renegada
cristiana la que se agrada
de mostrarse compasiva,
ó ya cristiana cautiva
en esta casa encerrada.
Mas quien quiera que ella sea,
es bien que en las apariencias
de agradecidos nos vea:
hazle dos mil reverencias
porque nuestro intento crea.
VIB. Yo á lo morisco haré
ceremonias, por si fué
mora la que hizo el bien.

que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agi Morato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas cianiis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella, con otro nudo mas crecido: y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven dellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas, y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en corso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y cuando ven la suya, se vuelven á Berbería á ser lo que antes eran. Otros hay que usan destos pa-

peles y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero, ántes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: díjome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: *Lela Márien*, quiere decir *nuestra Señora la Virgen María*. Leimos el papel, y decia así:

«Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la cual en mi lengua me mostró la zala cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Márien. La cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la ví dos veces, y me dijo que me fuese á tierra de cristianos á ver á Lela Márien, que me queria mucho. No sé yo cómo vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Márien me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira á quien lo das á leer, no te fies de ningun moro, porque son todos marfuces [1]. Desto tengo mucha pena,

1 *Marfuz*, palabra árabe que significa *astuto.*, *falso*, *engañador*; y en este sentido la usó ya el Arcipreste de Hita, poeta del siglo XIV. En la fábula del *Cuervo y la Raposa* llama á la zorra *Marfusa*. En otra, que es la del *Lobo, el Gimio y la Raposa*, la llama *Doña Marfusa*. (SANCHEZ: *Poesías antig. cast.*, t. IV. copl. 109 y 322).

que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo, y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas, que Lela Márien hará que te entienda. Ella y Alá te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva."

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen: y así lo uno y lo otro fué de manera que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito: y así nos rogó que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad: y diciendo esto, sacó del pecho un Crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia y casi adevinaba que por medio de aquella, que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia su madre, de quien, como miembro podrido, estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mesmo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y así le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña: y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos ansimesmo que seria bien responder al billete de la Mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré; porque de todos los puntos substanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá, en tanto que tuviere vida. En efeto lo que á la Mora se le respondió fué esto:

«El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Márien, que es la verdadera madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender cómo podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte y de la de todos estos cristianos que estan conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo, que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que, sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres á tierra de cristianos, que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Márien su madre sean en tu guarda, señora mia."

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á que estuviese el baño solo, como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podia ver quien la ponia, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mesmo moro que á nosotros nos habia dicho, que se llamaba Agi Morato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa muger de la Berbería, y que muchos de los Vireyes que allí venian, la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que

tuvo una cristiana cautiva que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué órden se tendria para sacar á la Mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entónces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perderia la vida ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decia:

«Yo no sé, mi señor, como dar órden que nos vamos á España, ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro, rescataos vos con ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demas; y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á la puerta de Babazon junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de allí de noche me podréis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si no, yo pediré á Márien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardin, y cuando te pasées por ahí, sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.»

Esto decia y contenia el segundo papel, lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien

yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado cuan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca, con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella mesma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efeto él vino á decir que lo que se podia y debia hacer, era que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Cuanto mas que si la Mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, sino es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la Mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no

hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado: y en aquel mesmo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer juma, que es el viernes, se iba al jardin de su padre, y que ántes que se fuese, nos daria mas dinero, y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos que no lo echaria menos, cuanto mas que ella tenia las llaves de todo. Dímos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaria mi rescate, porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerías lo habia callado. Finalmente mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El jueves ántes del viernes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase, supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que así lo haria, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dieron órden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no,

pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que puesto que el ser ellos quien eran, me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza: al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto por el peligro que habia.

No se pasaron quince dias, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está veinte leguas de Argel hácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañía del tagarino que habia dicho. Tagarinos llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á los de Granada mudéjares: y en el reino de Fez llaman á los mudéjares eleches, los cuales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo pues que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba, y allí muy de propósito se ponia el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de veras, y así se iba al jardin de Zoraida y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle: y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él despues me dijo, y decille que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, sino es que su marido ó su padre se lo manden: de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al

buen deseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo cuán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuando y cómo y adonde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viernes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo, y estos no se hallaran, sino fuera que su amo se quedó aquel verano, sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á los cuales no les dije otra cosa, sino que el primer viernes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agi Morato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen, sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver: y así determiné de ir al jardin y ver si podria hablarla, y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia ántes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos: digo pues que en esta manera de lenguage me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle que era esclavo de

Arnaute Mamí (y esto porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo) y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente si era hombre de rescate ó no, y que cuánto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; ántes luego cuando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos: solo diré que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de sus pies, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que así se llaman las manillas, ó ajorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar [1]; y así hay mas perlas y aljófar entre moros que entre todas las demas naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimesmo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar cuál

1 Hablando Cervantes en la novela del *Amante liberal*, del trage con que un judío presentó á Leonisa para venderla, dijo que estaba tan bien aderezada y compuesta, *que no lo pudiera estar tan bien la mas rica mora de Fez ni de Marruecos, que en aderezarse llevan la ventaja á todas las africanas, aunque entren las de Argel con sus perlas tantas.*

debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para diminuirse ó acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin que entónces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la mas que hasta entónces habia visto; y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezela de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltanis: á lo cual ella respondió: en verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros cristianos siempre mentis en cuanto decis, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. ¿Y cuándo te vas? dijo Zoraida. Mañana creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España, y irte con ellos que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu muger? No soy, respondí yo, casa-

do, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se riyó muy de véras su padre, y dijo: guala, cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: si no, mírala bien y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas destas palabras y razones el padre de Zoraida, como mas ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho, allí se usa, mas declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo y lo mesmo hizo Zoraida, porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos estan sujetos, que los trátan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues que dijo su padre á Zoraida: hija, retírate á la casa y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado; pero apénas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: ¿tamejí, cristiano, tamejí? que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? Yo la respondí: señora sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primer juma me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrámbos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra ma-

nera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida advertida y discreta no quiso quitar el brazo de mi cuello, ántes se llegó mas á mí y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo asimismo dí á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado, y quitándola del mio, la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro, y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: amejí, cristiano, amejí: vete, cristiano, vete. A lo que su padre respondió: no importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres, podrás volver, respondió Agi Morato, que mi hija no dice esto, porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrámbos, y ella arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin; miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dí cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya

no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el órden y parecer, que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viernes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar al remo, estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron, se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca: y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciéndonos que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus móros estaban descuidados, y los mas dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfange, y dijo en morisco: ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su Arráez, quedáronse espantados, y sin nin-

guno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agi Morato, y quiso la buena suerte que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos nizarani, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin. Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dijo ella, á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo vereis; y diciendo esto, se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zoraida quisiese: la cual ya volvia cargada con un cofrecillo

llenó de escudos de oro, tantos que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin, y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban, eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo: cristianos, cristianos, ladrones, ladrones, por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa, ántes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agi Morato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á la Zoraida, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion los que subieron, se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agi Morato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuan de su voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces siendo mas necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apénas serian dos horas pasadas de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. Él, como vió allí á su hija, comenzó á suspirar ternísimamente, y mas cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, ni quejarse, ni esquivarse se estaba queda; pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efeto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atadas estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aque-

llos moros, y dar libertad á su padre, porque ántes se arrojaria en la mar, que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenia, á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podria hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos, y Zoraida, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sesenta millas de Argel, y asimismo temíamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel, donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Márien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y

habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á izar luego vela, y á dejar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno, sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ó cristianos; mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusístes vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela; el cual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto, comenzó á llorar tan amargamente que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual viéndole llorar, así se enterneció que se levantó de mis pies, y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos, le acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: ¿qué es esto hija, que ayer al anochecer, ántes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te ví con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna

nueva alegre de solenizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte, cuando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija, nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo, donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió: no te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré á todas; y así quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice, hija? dijo el moro. Así es, respondió Zoraida. ¿Qué en efeto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zoraida: la que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte, ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien. ¿Y qué bien es el que te has hecho, hija? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Márien, que ella te lo sabrá decir mejor que yo. Apénas hubo oido esto el moro, cuando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que traía, no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacasen, y así acudimos luego todos: y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso

llanto. Volvímosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio, ó cabo, que de los moros es llamado el de la Cava-rumia, que en nuestra lengua quiere decir, la mala muger cristiana; y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque cava en su lengua quiere decir muger mala, y rumia, cristiana; y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo, cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala muger sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon que nos ayudase y favoreciese, para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden á suplicacion de Zoraida, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar que era despoblado. No fuéron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: ¿por qué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿pensais que es por piedad que de mí tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estor-

ho que le dará mi presencia, cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra; y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrámbos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dijo: ó infame moza y mal aconsejada muchacha, ¿adónde vas ciega y desatinada en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase; y cuando por habernos hecho á la vela, no pudimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera que podimos entender que decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono: entrega á esos hombres ese dinero que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida, si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino: plega á Alá, padre mio, que Lela Márien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oía, ni nosotros ya le veíamos; y así consolando yo á Zoraida, atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de

vernos otro dia al amanecer en las riberas de España; mas como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado, ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean, quiso, digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adonde navegábamos, y de donde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado: ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia, ámbas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entónces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y viendo cuan pocos éramos, y como el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles, nos habia sucedido

aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar, sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasamos con los franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los pies; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y destos jamas se ve harta su codicia, la cual entónces llegó á tanto que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran, si de algun provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados, siendo descubierto su hurto; mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego á camino y pasar el estrecho de Gibraltar de noche, ó como pudiese, hasta la Rochela de donde habia salido. Y así tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados

estos mesmos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho; nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar ántes que fuera muy de noche; pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y léjos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razon se debia tener, que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco ántes de la media noche sería, cuando llegámos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio, para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra y besamos el suelo, y con lágrimas de alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viaje: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, y tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descu-

brimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser ménos, sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della; pero lo que á mí mas me fatigaba, era el ver ir á pie á Zoraida por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco ménos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pie, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron, fueron el renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de turco, y se vistiese un gileco, ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa; y así encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que él pastor llevaba, esperando siempre cuando habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa: y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y así como los vimos, nos

estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion porqué un pastor habia apellidado arma. Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veníamos, y quién éramos, uno de los cristianos, que con nosotros venian, conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga: si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante tio mio. Apénas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo, diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía, comprehendo que habeis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon

estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos sin sobresalto de perderse; y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la aficion entónces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo ménos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la Iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida, y así como en ella entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Dijímosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo, le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien, que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, á Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia; los demas cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoraida y yo, con solo los escudos que la cortesía del frances le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal que me

admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apénas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia; la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.